Walter Nievas

PÁGINA 36

BARRIO DEL CARMEN

AL SUR DEL RÍO SIN TIEMPO

El entrevero fue breve. Nadie vio con claridad el momento en que Rosendo sacó el cuchillo y ensartó al múltico. Apenas hubo un destello cuando el acero cortó el aire antes de cortar la carne. La hoja entró en toda su longitud y dio un corto giro sobre su eje para acabar la tarea. Con ese ritual simple y decidido, cargado de códigos y silencios, los dos hombres habían cerrado una antigua cuenta pendiente. Los pocos que presenciaron el duelo guardaron respeto por el caído. El vencedor, sin mediar palabra, montó con calma su malacara y lentamente, con la seguridad de quien domina la escena, se perdió en la oscuridad de la noche rumbo al pueblo de Buena Parada. Aún no había amanecido en su chacra a orillas del Colorado, cuando el Gringo Wlejski escuchó el alboroto de los perros. Los ladridos tenían esa rara combinación de excitación y ansiedad que anuncia la llegada de alguien conocido. Pero en el campo se sabe bien que una visita a esas horas no es para recibir buenas noticias, sino todo lo contario.Abra, Gringo. Soy Becaria –dijo el jinete. Rosendo era alto, delgado, de cabellera corta y negra. Su piel y su cuerpo y su alma estaban curtidos por los rigores del clima patagónico. Poseedor de una personalidad enigmática, a su alrededor se tejían todo tipo de conjeturas. De porte erguido y voz grave, su sola presencia imponía cierta cuota de temor. Con su mirada, la misma que amedrentaba a más de un lugareño, hizo callar a los perros, que bajaron

la tejedora

Al sur del río sin tiempo

la tejedora

Narrativa

Al sur del río sin tiempo

Walter Nievas

EDITORIAL
UNRN

Watsiltsum

El anciano caminaba con lentitud por la rastrillada, susurrando una letanía que armonizaba su andar cansado con la inmensidad del desierto. Demasiados años de sol y frío le habían poblado el rostro con arrugas que hablaban de una vida larga y de una sabiduría profunda. Casi ciego, tenía una expresión tranquila que reflejaba la comprensión de la naturaleza de las cosas, de los hombres y de los dioses.

Su edad era un misterio y hacía ya muchos años que no contaba las estaciones, pero sabía bien que el invierno que se aproximaba iba a ser el último. Manejaba el arte de la comunicación con el más allá, lo que le permitía explorar sitios lejanos en el pasado, en el presente y en el futuro. Con sus medicinas curaba el cuerpo de los enfermos porque conocía el secreto para entrar en sus almas. Infundía respeto entre los suyos y sus consejos supieron ser escuchados por el mismísimo Calfucurá. Y ahora, era el propio Namuncurá quien solicitaba sus servicios. El Viejo era el médico y el sacerdote. Era el hombre sabio. Era el chamán. Era el machi.

A escasa distancia lo seguía una niña en harapos que observaba con atención cada paso que el Viejo daba. De un fiero guerrero muerto en combate, había heredado la tez morena y de una europea enloquecida por el cautiverio, el perturbador verde de sus ojos. Ese contraste singular de rasgos, fruto de la fusión de la sangre de dos mundos, había provocado temor en la toldería. Quizás fue la violencia que la engendró la que le dio el don de los sueños premonitorios y la condena de las pesadillas recurrentes. Por todo eso, las mujeres –movidas por un miedo atávico más que por la compasión– la

entregaron de muy pequeña al anciano, quien la aceptó como su aprendiz para iniciarla en el manejo de sus poderes.

El sol comenzaba a caer cuando el chamán cesó el canto monótono, quedándose inmóvil en medio de la senda. Solo se escuchaba el sonido del viento filtrarse entre la vegetación del monte. La niña, al advertir en el aire la ruptura del equilibrio que hasta ese momento los envolvía, entendió que ya estaban cerca de su destino.

Se paró junto al anciano y recorrió la extensión del paisaje con su mirada. Finalmente, vio el objeto de su viaje que se erguía allí, enorme, solitario, firme, cortando con su silueta atemorizante la línea del horizonte. Su figura se iluminaba con los últimos rayos del atardecer. Y el machi –pese a su ceguera– sabía que estaba esperándolo impaciente, desafiante, exigiéndole atención, susurrándole misterios al oído.

Retomaron la marcha y llegaron a su encuentro casi de madrugada. Ese lugar al costado del camino indio era un santuario, un altar, un oráculo, un escenario intimidante bajo un océano infinito de estrellas que invitaba a perderse en el abismo de la noche. Allí imperaban el silencio absoluto, una atmósfera enrarecida y la ausencia total de viento. Allí moraba el espíritu capaz de llevar a la gente las peores desgracias y sufrimientos, un espíritu tan poderoso como para diseminar la desolación a todo el universo. Allí se elevaba el eje cósmico que conecta al mundo con el más allá. Allí estaba Watsiltsum, el Árbol del Gualicho.

Alrededor de su tronco retorcido, que ni varios hombres juntos podrían abrazar, se desparramaban osamentas blancas de vacas y yeguas ofrecidas en sacrificio ritual. De sus ramas espinosas colgaban innumerables hilos provenientes de ponchos, matras y otras vestimentas de los viajeros y peregrinos, con pequeñas piedras o llancas atadas en sus extremos a modo de tributo para aplacar la

ira del espíritu. El espectáculo de esta ornamentación iluminada por el denso manto de Wenu Leufú –que los cristianos llaman Vía Láctea– daba una visión inquietante del milenario algarrobo.

El anciano, con movimientos pausados, se sentó bajo su copa y comenzó a elevar una oración propiciatoria en una lengua que la niña mestiza, sentada frente a él, aún no lograba comprender del todo. Tomó la pipa hecha con madera de los bosques del país de las manzanas y acomodó en el hornillo una mezcla de tabaco y de hierbas que crecen en algunos bajos inundables a orillas del Colorado, y cuyas propiedades solo él conocía. La encendió arrojando el humo con cuidado hacia arriba para que se entrevere despacio en las ramas, de modo que el árbol se gratifique con su aroma.

Ya bien avanzada la ceremonia, de repente el aire se estremeció. El Viejo cesó su oración y la pequeña aprendiz sintió cómo se le erizaba la piel. La conexión con el espíritu se había iniciado, la encrucijada de tiempo y espacio se había abierto como un puente y el machi, en trance, comenzaba a transitarlo en su intento de avizorar el destino incierto que aguardaba a su gente.

Namuncurá lo había enviado allí preocupado por los rumores de guerra que con insistencia le llegaban, acerca de grandes aprestos que estaban haciendo los milicos en el norte, más allá del río. Las noticias hablaban de un nuevo general, decidido y hábil, timador y agresivo, que no se defendía haciendo cavar zanjas para esperar el malón, sino que salía a buscarlo con estrategias ofensivas, con soldados disciplinados y con armas de fuego nuevas y devastadoras capaces de bajar un jinete en plena carrera. Un hombre así, al que los propios huincas identificaban con un zorro, podía corromper a los jefes y desestabilizar la débil trama de alianzas entre tribus, disgregándolas, enfrentándolas y neutralizándolas. Un ejército así podría frenar las incursiones en la línea de fortines, dando por

terminada la captura de ganado y de cautivas. Y si todo eso era cierto, habría llegado el momento en que el cristiano podía desbaratar el mundo mapuche de una vez y para siempre. Por ese motivo le había solicitado a su machi una misión: llegar hasta Watsiltsum para dialogar con el espíritu y atisbar desde el más allá lo que estaba pasando y lo que iba a pasar.

Bajo el árbol, el anciano estaba en éxtasis, recorriendo lugares lejanos, geografías extrañas, hurgando en el tiempo en busca del general blanco. Necesitaba saber de él, lo apremiaba encontrar alguna pista sobre ese hombre misterioso del que en las tolderías se contaban historias de todo tipo. Tenía que hallarlo, mirar dentro de sus ojos, saber quién era, qué pensaba, a qué le temía y –por sobre todas las cosas– comprender de qué manera el hilo de su vida estaba conectado al destino del pueblo mapuche. Tenía que encontrarlo para entender cómo su accionar podía influir en el futuro de su gente. Namuncurá esperaba impaciente su informe. Y Watsiltsum lo estaba guiando en el viaje.

La dura prueba a la que el anciano estaba sometiéndose en su intento de ver más allá había exigido de todo su saber y había agotado sus ya menguadas energías. Por algún motivo, el objeto de su búsqueda no se revelaba y eso no podía ser buena señal. Era evidente que el esquivo jefe huinca era más que un simple milico. Era astuto en este mundo, donde sabía cómo hacer la guerra con armas y sin ellas, pero también lo era en el otro, donde conocía el arte de ocultarse inclusive del machi más poderoso.

Sin embargo, en el límite de sus fuerzas, finalmente, pudo dar con él. Allí estaba, inexpresivo, pensativo, montado en su caballo, con su abrigo militar y sus largas botas de cuero, su curiosa barba, su mirada astuta, su sable envainado. Sostenía con su mano izquierda las riendas y con su mano derecha los prismáticos, ese artefacto

mágico que permitía mirar las cosas a distancia. El Viejo pudo ver en los ojos del general huinca escenas dramáticas: matanzas, largas persecuciones, mujeres y niños pasados a cuchillo, traslados masivos, campos de detención, hambre, pestes, desesperación. En ese instante comprendió que la fuerza desoladora del universo mapuche que habitaba en el santuario finalmente se había desatado, y que poco podían hacer los guerreros más valientes contra ella.

Entonces, bajo el Árbol del Gualicho, el machi tuvo un sobresalto. Un remolino apagó el fogón y una brisa de aire helado se apoderó del ambiente anunciando la salida del sol. Los centenares de hilos que colgaban de las ramas del algarrobo se mecieron haciendo que las piedritas se golpeen entre ellas. El anciano, empapado en sudor y exhalando vapor con una respiración agitada, tenía una mueca de terror en su rostro. Watsiltsum lo había llevado al encuentro del escurridizo zorro blanco y, habiendo cumplido su parte, lo había arrojado de vuelta con violencia a este mundo.

—Viejo, despierte —le dijo la niña, preocupada, tocándole las manos temblorosas.

—Pequeña, debemos irnos de aquí. Tenemos un largo camino de regreso y Namuncurá nos espera —respondió el anciano con angustia.

—¿Pudo encontrarlo?—preguntó ansiosa la niña.

El machi, más calmado pero abrumado por todo lo que Watsiltsum le había revelado, concluyó:

—No fue necesario. Lo que estuviste viendo noche a noche en tus sueños finalmente está ocurriendo. El jefe huinca ya está viniendo a nuestro encuentro.

Mientras el Viejo y la niña iniciaban el viaje de regreso, no muy lejos del santuario del árbol, en un paso donde el río se angosta a pocas horas hacia el este, el general Julio Argentino Roca, montado

en su caballo zaino, observaba desde la altura de un barranco el espectáculo imponente de su tropa de miles de hombres armados con Remington en movimiento ordenado. Era la mañana del 13 de mayo del año 1879 y la Primera División de la Expedición al Desierto iniciaba el cruce del Colorado.

En ese preciso momento, el feroz universo mapuche comenzaba a desbaratarse.

La larga cabalgata de Rosendo Becaria

El entrevero fue breve. Nadie vio con claridad el momento en que Rosendo sacó el cuchillo y ensartó al milico. Apenas hubo un destello cuando el acero cortó el aire antes de cortar la carne. La hoja entró en toda su longitud y dio un corto giro sobre su eje para acabar la tarea.

Con ese ritual simple y decidido, cargado de códigos y silencios, los dos hombres habían cerrado una antigua cuenta pendiente. Los pocos que presenciaron el duelo guardaron respeto por el caído. El vencedor, sin mediar palabra, montó con calma su malacara y lentamente, con la seguridad de quien domina la escena, se perdió en la oscuridad de la noche rumbo al pueblo de Buena Parada.

Aún no había amanecido en su chacra a orillas del Colorado, cuando el Gringo Wiejski escuchó el alboroto de los perros. Los ladridos tenían esa rara combinación de excitación y ansiedad que anuncia la llegada de alguien conocido. Pero en el campo se sabe bien que una visita a esas horas no es para recibir buenas noticias, sino todo lo contario.

—Abra, Gringo. Soy Becaria —dijo el jinete.

Rosendo era alto, delgado, de cabellera corta y negra. Su piel y su cuerpo y su alma estaban curtidos por los rigores del clima patagónico. Poseedor de una personalidad enigmática, a su alrededor se tejían todo tipo de conjeturas. De porte erguido y voz grave, su sola presencia imponía cierta cuota de temor. Con su mirada, la misma que amedrentaba a más de un lugareño, hizo callar a los perros, que bajaron orejas y cola y se retiraron rápidamente para cederle el paso.

Dentro de la casa, Wiejski escuchó con atención el relato de la fatal pelea mientras evaluaba el alcance y las derivaciones de lo ocurrido. Becaria era su mejor elemento. En sus largos años a cargo de la Dirección de Hidrología, nunca tuvo un trabajador como él. Nadie tenía su capacidad para resolver las tareas más complejas y, a veces, las más temerarias. Sabía que su debilidad eran las mujeres; su problema, el alcohol; y su mundo, el caballo. Nunca le había preguntado por su pasado, pero descontaba que estaba poblado de fantasmas y sitios oscuros.

A su manera, Rosendo le retribuía al Gringo la confianza. Admiraba a ese extranjero llegado a la Patagonia para domar el río con sus conocimientos y ponerlo al servicio de los inmigrantes que comenzaban a establecerse en el pequeño valle para cultivar la tierra. Le intrigaba verlo realizar cálculos indescifrables para manejar el agua a su voluntad y transformar el desierto en un territorio habitable. Valoraba la forma llana y directa con que ejercía su autoridad y por eso solamente con él se abría para ensayar una relación que podía interpretarse como algo parecido a una amistad.

En aquellos años de principios del siglo XX, la costa del río Colorado aún era conocida por su condición de aguantadero de convictos fugados, desertores del ejército, prófugos de la ley y bandoleros. Y para Wiejski, en alguna de esas categorías entraba ese hombre duro que tenía enfrente, ese tipo insondable, pero de cualidades extraordinarias. Su aguda intuición le decía que debía esforzarse en preservarlo como si se tratara de una *rara avis* para que, en el momento debido, desplegara las alas y realizara su vuelo único y singular.

Luego de una larga pausa, Wiejski encendió un rubio y, como era de esperar en él, fue al hueso. En una sola idea empezó a

delinear el mapa de la situación y a la vez trazó la ruta para explorar una posible salida.

—Ya deben haber mandado una partida a buscarte. Lo mejor es que desaparezcas por un tiempo largo. Salís hoy mismo para el Cari Lauquen. Allá no te conoce nadie y nadie te va a preguntar de dónde venís ni quién sos; igual te voy a dar otra identidad. Si no te metés en líos estarás a salvo y de paso vas a hacer un trabajo para mí.

Rosendo asintió con un imperceptible movimiento de la cabeza sosteniéndole la mirada y esperó paciente a que el Gringo terminara de darle vuelta a la propuesta. Cuando dos hombres de pocas palabras se sientan a hablar, ambos saben que no es necesario apurar el tiempo. Lo que tiene que decirse, va a decirse en su momento, ni antes ni después.

Finalmente, cuando el humo del cigarro empezó a saturar el ambiente, Wiejski continuó.

—Estoy escuchando rumores sobre ese lago. Me late que ahí está ocurriendo algo y, si es lo que pienso, mejor enterarse más temprano que tarde. No le puedo pedir a nadie que vaya hasta allá y vea qué carajo es lo que pasa, pero a vos sí. Deberías ir y controlar todos los días el nivel del agua. Y si ves que la cosa se pone fulera, ahí nomás te vas al telégrafo como si te persiguiera el Diablo y me informás. Yo acá sabré qué hacer.

Becaria no preguntó nada y prefirió dejar pasar la alusión al Diablo. La entendió como una fina ironía hacia los rumores que giraban acerca de la naturaleza de su persona y, dadas las circunstancias, esa madrugada no se encontraba en posición de retrucarla. Sabía que el viejo era un profundo conocedor del río y, sobre todo, de los hombres. Se daba cuenta de que, a su manera, lo estaba protegiendo, sacándolo de circulación, mandándolo al lugar más alejado de toda la región y a la vez confiándole una tarea que,

por algún motivo desconocido, parecía muy importante. También pudo ver que la misión tendría un costado peligroso. Para que el Gringo estuviera preocupado de esa forma, debía estar sospechando que en el Cari Lauquen algo andaba mal. Y seguramente era algo muy grande.

Le tomó varios días y noches de marcha forzada hacia el oeste llegar a las fuentes del Colorado, allí donde el río se llama Barrancas, bien metido arriba y adentro en la cordillera, en el paraje más árido y desolado que jamás había visto. Se instaló en un rancho abandonado, desde donde podría hacer su tarea diaria de medir el nivel de las aguas, monitorear la situación y mandar sus informes.

La vista del lago lo estremeció. Era un inmenso reservorio natural de decenas de kilómetros de largo, de un color verde tan intenso que parecía irreal, encajonado entre las laderas de las montañas desnudas que lo nutrían incesantemente con innumerables deshielos que bajaban torrentosos. En uno de sus extremos, un gigantesco terraplén de roca de más de cien metros de altura contenía ese mar de agua dulce a modo de represa natural, impidiendo que se derramara hacia el río que a sus pies nacía apenas como un delgado hilo de agua.

Aquel invierno del año 1914 había sido feroz como pocos y la nieve se acumuló en grandes cantidades en los cerros. Y la primavera, siempre más tardía en la altura de la montaña, era particularmente calurosa y tempranera. Todo se fue conjugando para que el nivel del lago aumentara de manera alarmante. Una vez allí, Becaria comprendió con claridad el motivo de preocupación del Gringo. Si el tapón de roca cedía por la presión, esa desmesurada masa líquida se volcaría en un instante en el Barrancas y luego seguiría su curso por el Colorado hasta llegar al océano, con lo que toda la cuenca sería arrasada. Caseríos, poblados, hombres, animales,

caminos y cultivos podían sucumbir ante una ola que destruiría todo a su paso. Era algo improbable, pero también era posible. Y él estaba allí para ver qué tan grave era el asunto y, llegado el caso, avisar al Gringo para que organizara la evacuación de toda la ribera.

Los días transcurrieron sin novedades, haciéndose cada vez más tediosos. En el Cari Lauquen, la escasa vida social giraba alrededor de un boliche, al que Rosendo empezó a acudir cada noche para tomarse una ginebra. Allí entró en contacto regular con los locales, quienes de a poco le fueron confiando los extraños sucesos que se estaban dando en la zona: sonidos agudos que escuchaban desde hacía meses, leves temblores que sentían por las tardes, animales que se comportaban de manera extraña. Incluso, entre trago y trago, alguien llegó a asegurarle que vio vibrar el agua como si se tratara de las cuerdas de una guitarra desafinada.

Y fue en ese mismo boliche donde Rosendo tuvo una fiera borrachera cuyas consecuencias lo iban a perseguir en vida y después también. Una discusión sobre un tema trivial subió de tono, luego hubo una mirada furtiva, un insulto a media voz y el convite a dirimir el asunto en una pelea que derivó en una trifulca generalizada, que a su vez finalizó en un amague de pelar facones, y recién entonces las cosas se calmaron. En ese momento Becaria dejó en claro su valor y puso en evidencia la cobardía ajena, con lo que cosechó enemigos en el lugar, quienes posteriormente sabrían cobrarse venganza.

La resaca del día siguiente lo encontró tendido en el piso del rancho donde se hospedaba sobre un charco de vómito, victorioso y con el cuerpo magullado, con sangre seca –propia y ajena– cubriéndole el rostro. Recobró su cabeza en agua fría, armó un cigarro, lo encendió y con las primeras pitadas logró recomponerse. Fijó su vista en las montañas. La posición del sol indicaba que ya había

pasado el mediodía. La jornada iba a ser más calurosa que las anteriores y eso iba a apurar aún más el deshielo de las cumbres. Cayó en la cuenta de que aún no había medido el nivel del lago. Montó su fiel malacara y partió hacia allí. Wiejski iba a preocuparse si se demoraba más en enviarle su parte diario, pensó.

A medida que se acercaba a su destino, comenzó a sentir la tensión en el aire. La naturaleza estaba emitiendo señales y los animales, las plantas y los hombres las estaban percibiendo. El caballo dio un respingo sin motivo aparente. Algo estaba ocurriendo. Un silencio absoluto imperaba en todo el paisaje y el cielo estaba tan vacío de nubes como de pájaros. Una brisa caliente del oeste mecía la copa de los pocos y raquíticos álamos que allí intentaban sobrevivir.

Bordeó con cautela la playa de arenas gruesas y oscuras mientras observaba el entorno. El lago era un espejo perfecto, una esmeralda descomunal, de una belleza tan inasible como atemorizante. A medida que se acercaba al enorme tapón de piedra lo embargó una sensación de angustia. Habían pasado las tres de la tarde y todo indicaba que las cosas estaban cambiando rápidamente, y para mal.

Siguió por la orilla hasta llegar al dique y se alarmó al ver que el lago había comenzado a desbordarse. Una delgada cortina de agua caía con suavidad, como un manto transparente que se desintegraba en el aire antes de tocar el suelo. Descendió a los pies del murallón y una vez allí pudo apreciar en toda su magnitud la inminencia del colapso. Había filtraciones aquí y allá en cientos de pequeñas grietas. Las rocas estaban a punto de ceder por la presión incontenible que recibían.

Estaba por producirse un evento sin precedentes, donde la naturaleza iba a desatar toda su violencia arrojando un lago entero

al vacío en solo un instante. El caballo resopló inquieto, olfateando la catástrofe. De repente, un silbido agudo y penetrante comenzó a esparcirse en el aire hasta hacerse insoportable. El suelo empezó a vibrar. El velo de agua que se desprendía desde la altura de la represa se transformó en una catarata furiosa. Las filtraciones se multiplicaron en miles.

El jinete espoleó al malacara, que impaciente estaba esperando esa orden desde hacía tiempo, y comenzó una carrera desenfrenada contra la muerte. Mientras escapaba del fin del mundo que tomaba forma a sus espaldas, en su mente se mezclaban sentimientos encontrados. Pensaba que si hubiera revisado el murallón por la mañana temprano, habría tenido margen de tiempo para dar el alerta. Pero ya estaba hecho y no se podía remediar. Solo quedaba intentar salir de allí para llegar hasta el telégrafo y hacer lo que había que hacer. Recordó la alusión al Maldito que con sarcasmo europeo le había hecho Wiejski si llegaba ese momento.

Pero su reflexión se vio truncada por lo inevitable. El silbido se tornó aún más y más agudo, como salido de las entrañas de la tierra, y un estruendo precedió la rotura definitiva del dique. La enorme pared finalmente se había derrumbado y un universo de agua comenzó a derramarse sin control.

El malacara percibió el fin y, sin embargo, corría con la velocidad de un rayo intentando en vano escapar del aluvión. Ese caballo tehuelche, noble y fiel, de pelaje bayo y patas blancas, cabezón y de figura poco agraciada, le estaba peleando a la muerte cada metro y cada segundo para regalárselo a su dueño, a modo de un último acto de lealtad. Y Rosendo, también a sabiendas de que su hora había llegado, en plena carrera desesperada le devolvió el gesto inclinándose hacia adelante para acariciarle el cuello y susurrarle al oído.

—Tranquilo, amigo, que esto no termina acá. Tenemos una larga cabalgata por delante.

En medio de un estrépito que pudo oírse a varios kilómetros de distancia, jinete y caballo desaparecieron sepultados. La ola gigantesca los cubrió con un espeso y oscuro manto de agua, rocas, espuma y tierra.

El aluvión que comenzó esa tarde del 30 de diciembre de 1914 realizó un viaje de más de mil kilómetros y de más de una semana, envolviendo todo lo que se le interponía en su búsqueda del océano. Durante su recorrido, la ola llegó a tener casi veinte metros de altura en los sitios más encajonados y, en los lugares más abiertos, alcanzó cinco leguas de ancho. Su avance era anunciado por el pánico en que entraban los animales, sin motivo aparente; para luego hacerse sentir como un creciente sonido atronador que sobrecogía a hombres, mujeres y niños.

Los lugareños que quisieron poner a prueba el coraje de Rosendo en aquel bar del Cari Lauquen, la noche anterior al desastre, supieron cobrarse la peor venganza que se le puede propinar a un hombre valiente, instalando en el imaginario popular la historia negra de Becaria. Uno de ellos aseguró haberlo visto rumbo a Chile, aún borracho e intentando no caer de su caballo, escapando a las consecuencias de no haber cumplido su tarea. El mito que en aquella oportunidad se originó fue creciendo con el paso de los años y de las generaciones, terminando por hacerlo responsable de una tragedia que, según se decía, hubiera podido evitarse si se hubiese dado aviso a tiempo.

Sin embargo, también nació otra leyenda entre los habitantes de la región: la del jinete alto y de porte erguido, montado en un malacara, que aparecía de la nada en la puerta de cada rancho de las riberas del Barrancas y del Colorado para dar aviso con voz

firme y segura de la gran crecida que se avecinaba, urgiendo a la gente a ponerse a salvo. Ese personaje misterioso, se aseguraba, había sido visto en toda la costa alertando a los pobladores. Y de la misma manera que se presentaba, desaparecía de inmediato sin dejar rastros. Se dijo también de ese jinete que había rescatado de las aguas a cientos y cientos de vidas, en distintos lugares a la vez, con el mismo caballo, la misma estampa, la misma firmeza.

En su chacra de las afueras del poblado de Buena Parada, el Gringo Wiejski no podía conciliar el sueño. Los festejos del nuevo año habían finalizado hacía un par de días, y lo preocupaba sobremanera no haber recibido los últimos informes de Rosendo. Sabiendo que ese hombre no era de faltar a su palabra, intuía que algo había ocurrido y su intuición siempre había sido certera. Pero además lo inquietaba que el río se comportase de manera poco usual, enviando señales que no lograba interpretar del todo. El agua había cambiado de color, tornándose más clara de lo habitual. Su temperatura había bajado tanto que los niños ya no querían bañarse pese al calor de esos primeros días de enero, prefiriendo jugar con las montañas de espuma que llamativamente se amontonaban en las orillas. Los peces, antes abundantes, habían desaparecido, frustrando a los pescadores más pacientes. La salinidad, siempre elevada, había descendido a niveles aún más bajos que los del vecino río Negro.

Tendido en su cama con los ojos bien abiertos, hacía una y otra vez los cálculos mentales para deducir, con base en el último informe de Rosendo, la fecha y hora aproximada para que, en caso de que se hubiese desbordado el lago, la ola llegase allí. Pensaba que, si eso realmente había ocurrido, ya era tarde para ordenar la evacuación de todos los pobladores de la cuenca, pero quizás aún se estaba a tiempo para informar a las autoridades y organizar la ayuda

del gobierno, del ejército, quizás incluso del ferrocarril. Imaginaba que, por un momento, el infierno de la guerra en Europa podía ser menos importante y dramático que el infierno que iba desatarse en ese valle de la lejana Patagonia.

Aún no había amanecido cuando Wiejski escuchó el alboroto de los perros; y, como se sabe en el campo, una visita a esas horas nunca es para recibir buenas noticias, sino todo lo contrario. Los ladridos, que tenían esa extraña mezcla de excitación y ansiedad propia de cuando se acerca alguien conocido, de repente cesaron. Por algún motivo los animales bajaron orejas y cola y se retiraron en silencio, despejando la escena para que el visitante haga lo suyo.

Abrió la puerta para ver quién estaba afuera. Un jinete delgado, de porte erguido, montado en un malacara, le hizo un breve saludo de cortesía, inclinando la cabeza de manera casi imperceptible y sin dejar de sostenerle la mirada. De un suave tirón de riendas, pegó media vuelta y simplemente se perdió para siempre en la oscuridad de la noche.

El Gringo Wiejski, profundo conocedor de la naturaleza del río, pero sobre todo de la naturaleza de los hombres, en ese instante tuvo su epifanía. Las piezas del rompecabezas que estuvieron dando vueltas y vueltas, manteniéndolo en vela toda la noche, en ese punto exacto se acomodaron y entonces supo lo que realmente estaba sucediendo. Cayó en la cuenta de que el Cari Lauquen había colapsado y se había volcado enteramente al río y que el aluvión llegaría en cuestión de horas.

Mientras se calzaba con rapidez las botas de cuero para ir hacia su oficina y organizar la gestión de la crisis que se avecinaba, el Gringo pensó satisfecho que con esa larga cabalgata sin tiempo y sin espacio dando aviso a los pobladores de la *gran crezca* que se

venía, Rosendo Becaria había logrado vindicar su propio nombre. Esbozó una sonrisa y se dijo a sí mismo que la *rara avis* finalmente había desplegado las alas y levantado su vuelo, único y singular, para cumplir la última misión.

El amor y la muerte van en bicicleta

El verano finalizaba y lo habían vivido con intensidad. El tiempo les resultaba vertiginoso, sin embargo, supieron disfrutar aquellos breves días y los aún más breves meses que pasaron juntos. Ella y él habían conectado de manera especial.

Compartieron atardeceres en el río oyendo el murmullo del agua y envueltos por ese sonido que aflora del silencio. También dedicaron amaneceres para pasear por los caminos arbolados de la zona de chacras, saltando acequias para robar uno que otro durazno maduro.

Aquella fue una etapa de aprendizaje, de exploraciones, de descubrimiento interior, de reconocimiento mutuo. Habían entendido cómo leerse con mirarse solo un instante a los ojos. Comprendieron que podían permanecer horas sin decir una palabra y, sin embargo, sentirse plenos. Tenían la certeza de que el futuro estaba allí, esperándolos, tomando forma, abriéndoles caminos e invitándolos a recorrerlos, llamándolos por sus nombres.

—Lo leí hace poco en un libro de la biblioteca —dijo él de repente, sacando el tema de la nada mientras le acariciaba el pelo y le sostenía la cabeza en el regazo.

Ella lo miró. Sabía que cuando él hacía un comentario de ese tipo, sin conexión aparente con el hilo de la conversación previa –si es que la había–, era porque quería introducir una idea estimulante, disruptiva, la punta del ovillo que les permitiera volar con sus pensamientos, liberar sus reflexiones. Era una táctica recurrente en él, y a ella le fascinaba.

—Contame. Te escucho con atención. Me encantan tus historias raras aunque sean mentiras —le dijo con una mirada cómplice.

Descansaban uno junto al otro bajo la sombra de un viejo sauce. El día era soleado y sin viento, aunque a esa altura del año la temperatura ya comenzaba a menguar, anunciando que el otoño, a lo lejos, se acercaba lentamente.

—Resulta que los griegos aseguraban que, en el principio de los tiempos —retomó él con naturalidad—, hombres y mujeres estaban unidos, eran uno solo, y vivían felices y en equilibrio con el universo. Pero parece que tanta felicidad desató la ira de los dioses, quienes, envidiosos, decidieron dividirlos en dos de un solo golpe, cortándolos al medio. Y desde entonces, mujeres y hombres vivieron separados vagando eternamente sin rumbo, intentando volver a encontrar su otra mitad, su mitad perdida.

Él hizo una pausa deliberada. Ella lo escuchaba, esbozando una media sonrisa. Sabía que ahora le tocaba mover, haciéndole una pregunta necesaria para abrir el juego que él le proponía. Dejó pasar unos segundos y lanzó su pregunta:

—¿Y?

—Y obvio que los antiguos griegos ya hablaban de nosotros —dijo él.

—Mmmmhhh. O sea, alguna vez, en algún lugar, vos y yo fuimos uno, y un dios griego barbudo y de pelo enrulado nos partió al medio con su espada, y luego de eso anduvimos separados por el mundo miles y miles de años, y nos volvimos a encontrar ahora, en este lugar, en este río, en este valle.

—Exacto. ¿Y si te cuento un poco más de los envidiosos dioses griegos mientras andamos en bici?

Una brisa comenzó a mover las ramas péndulas del enorme sauce, que se agitaron inesperadamente. A ella no le pasó desapercibido el repentino cambio en el clima y tuvo un leve estremecimiento. Por un instante su piel se había erizado y se sintió extraña.

Intentó darse una explicación a ese episodio, buscó una relación entre las palabras de él y esa súbita brisa, aunque rápidamente desistió. Pensó que se había puesto demasiado sensible, demasiado perceptiva y simplemente cerró el tema.

Él trepó de un salto a la bicicleta en tándem que descansaba apoyada en el tronco del sauce y, con un gesto cómplice, la invitó a subirse en el asiento trasero. Una bici así no pasaba desapercibida para nadie y esa condición algo extravagante al principio los amedrentaba un poco. Sin embargo, pronto comenzaron a disfrutar de ese ingenio mecánico y hasta les resultó pintoresco y, más tarde, divertido.

La gente los veía andar en la rara bici de dos asientos y dos pedaleras, y esa imagen quedó instalada en el pueblo. Eran los chicos locos de amor que a su paso dejaban una estela invisible de fragancias y colores y texturas y pensamientos.

—Vayamos a hacer un *tour* por ahí —propuso él.

—¿Adónde?

—No importa. Sin rumbo fijo. Adonde nos lleve la bici o los dioses griegos.

Ella volvió a sentir ese inquietante estremecimiento que le recorría todo el cuerpo y, como antes, no logró comprender de qué se trataba. Solamente, cuando comenzaron a pedalear, tuvo la impresión de que ese viaje iba a ser distinto. A poco de andar advirtió que la habitual estela invisible de fragancias y colores y texturas y pensamientos era devorada por un remolino de olores, sombras, asperezas y dudas.

Él, ajeno a la atmósfera cargada que giraba en espiral alrededor de ellos, le hablaba con entusiasmo de su reciente lectura de los dioses griegos. Ella lo escuchaba, pero comenzaba a preocuparse por la densidad de señales que estaba recibiendo y que no podía descifrar. Entonces se dio cuenta de que ya se encontraban en las

afueras del pueblo y no supo explicarse cómo habían llegado hasta allí. Y su preocupación rápidamente trocó en angustia. Y la angustia en temor. Y el temor en miedo. Y fue en ese instante en que todas las señales que ella venía percibiendo se hicieron evidentes e, instintivamente, se aferró a su cintura, con los puños apretados y sin decir una palabra.

Él sintió el contacto de ella de una manera diferente a la habitual. Ese contacto esta vez era distinto y supo que algo estaba ocurriendo, algo que no era bueno. Su piel también se erizó y comenzó a pedalear con más fuerza, con desesperación, pidiéndole a ella que también lo haga, sin hacer preguntas.

El torbellino de amor y muerte que giraba alrededor de ellos, se cruzó en el camino de la bicicleta en tándem, envolviéndola brutalmente. Adentro de ese espacio sin tiempo, saturado de sonidos huecos y colores apagados, se libraba una batalla despiadada. Eros y Tánatos luchaban en su interior y ella los reconoció de inmediato. Eran los dioses de quienes habían estado hablando todo el día. Los pudo ver con claridad. Eran jóvenes como ellos. Eran hermosos como ellos. Eran poderosos como ellos. Pero su expresión irradiaba ira y tenían el cuerpo sucio de milenios de sudor, sangre y tierra. Los vio acercarse dando vueltas sobre sí mismos, majestuosos, batiendo sus alas. En un descuido de Eros, Tánatos los rozó apenas con un dedo. A ella en su frente. A él en su espalda. El torbellino cesó y el silencio se apoderó de la escena.

Las ruedas retorcidas de la bicicleta aún continuaban girando en el aire cuando la nube de polvo y sonidos se asentó definitivamente. Sus cuerpos quedaron tendidos en el suelo, inertes, rotos. Ella lo miró directamente a los ojos, con la intensidad propia de la última vez. Él se sumergió en la profundidad del gris de su iris y le devolvió la mirada con calma haciéndole, como siempre, un gesto

cómplice. Ella lo entendió perfectamente. Ambos sabían ya que su amor venía desde siglos atrás, quizás desde milenios.

Y comprendieron en esa última mirada, antes de que se corte el ahora delgado hilo de sus vidas, que habían vencido a la muerte. Y que más tarde o más temprano en otro tiempo y en otro lugar, iban a volver a encontrarse para ser uno; para reiniciar una vez más el ciclo de desafiar eternamente la ira de los dioses.

El Pájaro Klein viene volando

El río murmuraba agitado, formando pequeños remolinos aquí y allá que tragaban restos de ramas de sauce como si fueran mundos enteros y los regresaban a la superficie al cabo de un tiempo. Se había vuelto turbio, como queriendo retornar al pasado, a su oscuro color original, tal como era muchos años atrás cuando aún no se había construido la represa aguas arriba. Y cada vez que se comportaba de esa manera, la naturaleza toda se ponía expectante, como sabiendo que algo estaba por ocurrir, algo que iba a herirla de alguna forma, que iba a exigirle un esfuerzo para volver a poner todos los elementos en equilibrio.

Quizás como un síntoma más del estado de las cosas, los pájaros habían despoblado el cielo de su habitual ir y venir. En la otra orilla, la vegetación del monte –eternamente espinosa, siempre feroz, siempre salvaje– había dejado de silbar y de mecerse pese a la brisa continua que soplaba desde el oeste. El viejo jabalí con una cicatriz en el costado, ese que cada mañana se acercaba confiado a beber en la ribera, al percibir la atmósfera enrarecida levantó el hocico para leer las señales que anunciaban la inminencia de la tragedia que iba a desatarse.

Esa mañana Klein se había levantado bien temprano, como todos los días. Su esposa le cebó unos amargos y, como era habitual, planificaron juntos las actividades de la jornada en la chacra. Luego salió, como siempre, a hacer su recorrida por los frutales acompañado de su perra Olivia, una bóxer atigrada que aún no había tenido su primer celo y que con alboroto lo acompañaba a todos lados. Observó que los durazneros habían cuajado abundantemente; que

las flores de los perales y manzanos comenzaban a adivinarse en el interior de sus yemas abiertas y voluminosas; y que el parral, su más preciada plantación, aún dormía su largo sueño invernal. Miró la forma y movimiento de las nubes y sintió la humedad del aire, para concluir que nuevamente el servicio meteorológico iba a errar su pronóstico de lluvia. Se detuvo junto a una alameda y lo invadió una profunda satisfacción por su propiedad. Se vio a sí mismo pleno y orgulloso. Toda su vida la había dedicado a trabajar la tierra. Sin embargo, como hombre honesto que era, reconoció que hacía tiempo había perdido la batalla y, con ella, su guerra personal y las ganas de seguir adelante.

Entró en el galpón, encendió la bomba para regar las cerezas y deslizó su mano suavemente por los neumáticos del tractor anaranjado que había dejado de funcionar ese invierno. Le dijo en voz baja unas palabras casi imperceptibles, tal vez agradeciéndole toda una vida de entrega y fidelidad; quizás deseándole suerte con su eventual nuevo dueño, aunque no imaginaba quién pudiera llegar a serlo, dado que para un productor frutícola su tractor no es solamente una maquinaria más.

Como al pasar, tomó la carabina que había heredado de su padre y que nunca había utilizado contra un ser humano ni contra un animal, aunque la había esgrimido para cerrar alguna discusión con uno o dos trabajadores y, en varias oportunidades, para amedrentar intrusos nocturnos que acechaban su chacra. La revisó, la cargó y se dirigió decidido hacia la costa del río.

Olivia, que seguía con atención cada movimiento de su amo, bajó sus orejas y emitió un gemido prolongado intentando interponerse en su camino, pero el Pájaro, firme y con delicadeza –la misma con la que siempre la había tratado–, la hizo a un costado. Se sentó en el césped tierno de la orilla, justo de espaldas a la

plantación de cerezas, apoyando la carabina entra las piernas. Sus ojos marrones se movían agitados mirando hacia un punto inexistente en el horizonte.

Cuando alguien se enfrenta cara a cara con la muerte, toda su existencia le pasa por delante en un segundo. Los recuerdos aparecen uno tras otro y se abalanzan en una sucesión inconexa de imágenes. Esa experiencia singular –que comparten suicidas, moribundos y otras personas en situaciones extremas– es quizás la última señal en el camino, el alerta de que el tiempo que nos fue dado ya termina, el aviso de que iniciamos el cruce de la frontera final y que, pese a todo, aún no es tarde para volver sobre nuestros pasos, que aún existe un pequeño margen para aferrarnos a la vida.

Y en ese trance estaba Klein. Con la vista excitada trataba de capturar cada uno de los recuerdos que lo asaltaban para entenderlos, quizás buscando en su último minuto un motivo para aferrarse a algo que le resultaba inasible, algo que lo hiciera retroceder frente al abismo, que le devolviera la pulsión de vida. Su cerebro estaba jugándole un último truco abriéndole un camino a sus mejores momentos: aquel baile donde conoció a Elena, el nacimiento de sus hijos, aquellas buenas cosechas de principios de los ochenta, su pequeña nieta en los brazos una mañana de verano.

En su interminable caída libre, por un momento le pareció encontrar una soga a cuyo extremo aferrarse al recordar las teorías que circulaban alrededor del origen de su apodo. Hizo un movimiento con la cabeza al verse en su niñez con las mujeres de la familia que relacionaban su contextura física con la de un ave recién nacida. Luego esbozó una sonrisa al recordar la otra hipótesis, según la cual se aseguraba –en voz baja y tono confidencial– que cierta noche de helada lo habían visto transformarse en pájaro y levantar vuelo raudo sobre calefactores y frutales, recortando una y otra

vez su figura alada contra la luna llena. Siempre había disfrutado al escuchar ese mito acerca de su persona, eludiendo deliberadamente dar la mínima explicación sobre lo supuestamente ocurrido aquella noche, a fin de alimentar la historia y hacerla madurar más y más con el paso del tiempo.

Sin embargo, no logró detener la espiral descendente en la que estaba sumergiéndose. Y fue entonces cuando sus propios demonios volvieron a la carga, gritándole al oído, entrando en su mente para quebrar los restos de su voluntad y finalmente apoderarse de su cuerpo agotado. El Pájaro estaba librando los últimos minutos de un feroz combate consigo mismo, y lo estaba perdiendo.

Consciente de la inminencia del desenlace, apoyó la culata de la carabina en la tierra. Palpó el bolsillo de su vieja camisa Ombú para asegurarse de que allí estaba la carta que había escrito a su mujer, donde le pedía sinceramente perdón por lo que iba a hacer. Tomó el caño con su mano izquierda y lo introdujo en su boca. Cuando deslizó su mano derecha hacia el gatillo, su perra, que lo estaba observando, emitió un nuevo y débil aullido. El Pájaro cerró los ojos y murmuró unas palabras de adiós destinadas al amor de su vida.

Ella limpiaba la cocina cuando sintió el penetrante dolor que atravesaba el aire y la hería como un acero filoso. Se le erizó la piel y se dejó caer en una silla, sabiendo lo que estaba por ocurrir. No pudo evitar llamarlo en voz muy baja, pese a la certeza de que ya era demasiado tarde. Y en ese instante, un estampido hizo vibrar los ventanales de la casa de ladrillos sin pintar. El silencio posterior se hizo abrumador. Parecía que podía tocarse con las yemas de los dedos. El murmullo del río se amplificó miles de veces inundándolo todo, invadiendo toda la casa, toda la chacra, toda la colonia de chacareros.

Pasaron algunos años desde aquella mañana en que por un momento la naturaleza se detuvo y el río se volvió rojo. En la memoria de la gente, Klein cobró forma mítica, haciéndose un lugar como uno de los mejores hombres que dio el pequeño valle. Algunos aún insisten en la hipótesis de su parecido a un pájaro para explicar el origen de su apodo. Sin embargo, los colonos, los pioneros, los chacareros más viejos, esos que llegaron en los barcos y de a poco fueron desapareciendo por los años, las enfermedades o los suicidios, en voz baja siguieron sosteniendo la otra hipótesis, la que asegura que, en las peores noches de heladas primaverales, el Pájaro Klein aún puede ser visto volando sobre los frutales, con su pequeña figura recortada contra un cielo totalmente despoblado de nubes.

La hora del fantasma

Aquel día de enero del 52 transcurría sin sobresaltos de ningún tipo, igual que los meses y años anteriores. Los fruticultores aún no empezaban la cosecha de peras en sus chacras, los ganaderos esperaban en sus campos una lluvia que tardaba en llegar y la gente del pueblo se refugiaba del marasmo estival en el frescor de sus casas de alto.

El Nene Marini administraba esa tarde de tedio y calor con la misma entereza con que administraba su estación de servicio –por cierto, la única a más de ciento cincuenta kilómetros a la redonda–. Sabía por experiencia que ningún viajero sensato se aventuraría a andar por el desierto a esas horas, en ese rincón donde se abría la Patagonia y menos con ese sol abrasador cayendo a pico. El cartel redondo y blanco de YPF se mecía con el viento del oeste, chirriando a intervalos irregulares, mostrando y ocultando una y otra vez las tres letras negras rodeadas por el doble círculo celeste que hacía recordar el carácter nacional de la empresa petrolera.

Mientras seguía con la vista el derrotero de dos cardos rusos que rodaban en busca de su destino final junto a algún alambrado, el Nene se volvía a preguntar el motivo por el cual la gente de las ciudades grandes que pasaba por allí solía hacerle comentarios alabando la paz y la tranquilidad del lugar. Acodado tras el mostrador en compañía de la caja registradora, un mate lavado y una pava tiznada, fumaba sin apuro un Particulares. Amaba el sabor fuerte de ese tabaco negro, la sensación que luego de tantos años aún le seguía produciendo en la punta de la lengua y el intenso aroma que inundaba todo a su alrededor.

Para sobrellevar esas largas jornadas de hastío, había inventado algunos juegos mentales que le evitaban enloquecer. Por ejemplo, cada vez que comenzaba a fumar se dedicaba a estimar los metros que separaban su oficina de los surtidores, luego evaluaba la posibilidad de que una invisible vena de combustible se deslizara por el aire al encuentro de su Particulares y, por último, calculaba desde dónde se vería el hongo de fuego de la explosión. Seguramente, concluía siempre, los vidrios de las ventanas de todo el pueblo estallarían por la onda expansiva y el ruido tardaría aproximadamente diez segundos en ser percibido en la zona de chacras, donde los colonos interrumpirían sus tareas para levantar la cabeza con espanto. Acto seguido imaginaba la autobomba corriendo hacia allí, furiosa, haciendo ulular la sirena, seguida de un enjambre de chicos en sus bicicletas; proceso que, en función de las cuadras que lo separaban del cuartel de bomberos, estimaba que no tomaría más de veinte minutos.

Posteriormente, venía el repaso de las diferentes teorías que circularían intentando dar una explicación lógica a los motivos por los cuales se había producido la explosión: atentado político, asesinato por encargo, suicidio por deudas, accidente por negligencia, muerte por aburrimiento. Ninguna hipótesis podría ser totalmente comprobada ni descartada porque su cuerpo se habría evaporado a causa de la monumental ignición de los miles de litros de combustible acumulados en el depósito subterráneo, que dejaría un cráter cercano a los veinticinco metros de diámetro y aproximadamente doce metros de profundidad, según sus cálculos.

Durante esa reflexión sobre las formas en que su deceso quedaría sumido en el misterio y pasaría a nutrir la rica mitología local, un punto lejano, que se acercaba desde el este en la soledad de la ruta, lo sacó de sus divagaciones. El calor del verano hacía reverberar

el paisaje y no lo dejaba identificar con claridad si, como en otras tantas oportunidades, se trataba de un espejismo, de alguno de los fantasmas que recorrían la zona o simplemente de un vehículo. Intrigado, se levantó de su silla y salió de su despacho para poder observar mejor. Pensó que aún no era la hora en que habitualmente rondaban los fantasmas locales ni tampoco la de los paisanos de los campos vecinos que se largaban a caballo a andar por ahí. Por las dimensiones de la silueta no podía tratarse de un automóvil, y menos aún de un camión. Y por la velocidad que desplegaba no era un hombre de a pie. Quedaba aún una opción: ese punto zigzagueante debería ser una motocicleta.

Dio una pitada profunda a su cigarro negro como un intento inconsciente de apurar la definición de la imagen, hasta que pudo divisarla con más nitidez. Tal como había deducido, se trataba de una moto robusta y cabalgada por dos jinetes modernos empecinados en no caer sobre el ardiente ripio. Derrapaban y se gritaban intentando mantener con dignidad un precario equilibrio en ese terreno inestable hasta llegar a la YPF y poder desensillar con lo que aún les quedaba de nafta y orgullo. Agotados por el esfuerzo de domar el potro metálico que rugía sobrecargado por el peso de mantas, cacharros, bolsos, utensilios –incluso un pico y una pala–, los motoqueros salieron del camino, pasaron bajo el gimiente cartel circular, aparcaron junto al surtidor y apagaron el motor. Con movimientos lentos se quitaron gafas y casco, y comenzaron a estirarse para recuperar su humanidad luego de la travesía. Eran dos hombres jóvenes y sus dientes blancos relucían en contraste con las caras cubiertas de polvo.

—Buenas tardes, jefe —dijo el conductor tocándose su fino bigote y mostrando interés en iniciar una conversación; mientras el otro, más joven y más alto, se retiraba unos pasos dirigiendo la vista hacia el oeste, escrutando el horizonte.

—Buenas tardes, caballeros —respondió el Nene.

El más joven y alejado se sintió aludido por la introducción del plural en esa bienvenida y sin darse vuelta hizo un movimiento de su cabeza, apenas girándola, como asintiendo con un gesto sutil, tal vez con el objetivo de que sea interpretado como una respuesta. Marini leyó rápidamente el mensaje y concluyó que, por algún motivo, ese muchachote no tenía interés en entablar el más mínimo diálogo.

Mientras cargaba el tanque, recorría con sus dedos las curvas del vehículo y relevaba los diferentes raspones, abolladuras y golpes para poder conjeturar la cantidad de caídas que esos dos habían tenido recientemente. De repente, para medir la situación, disparó a los visitantes un comentario cargado de información propia:

—Una Norton… la manejé cuando hice el servicio militar en Puerto Belgrano. Cuatrocientos noventa centímetros cúbicos, monocilíndrica, cuatro tiempos, veintinueve *hachepé*. El fabricante dice que alcanza los ciento veinticinco kilómetros por hora, pero no llega, y cargada así anda en los noventa o noventa y cinco. Una lástima la suspensión que tiene. Veteranas de guerra. Hermoso animal. Una bestia poderosa.

Esas últimas palabras hicieron que el más joven, al parecer distante y sin dejar de estar de espaldas a la escena, volviera a hacer un leve movimiento inclinando su cabeza para mirar hacia atrás por el rabillo del ojo. El Nene volvió a leer la situación, se dio cuenta de que alguno de sus comentarios sobre la moto lo había hecho reaccionar así. Su intuición comenzó a replegarse y cedió paso a la premonición. Lo recorría una inquietante sensación. Comenzó a pensar que ese chico raro que estaba ahí parado en silencio y de espaldas a él, por alguna razón que aún no llegaba a comprender, era un tipo singular. O que quizás en algún momento lo iba a ser.

El conductor, haciendo uso de su disposición a la charla, mientras volvía a tocarse los bigotes comenzó a narrar sus impresiones acerca de la forma en que había ido cambiando la vegetación desde que salieron de la provincia de Buenos Aires y, acto seguido, empezó a discurrir sobre los beneficios que en lugares así aporta la tranquilidad para el buen vivir y la sanidad mental de las personas en contraste con el estrés propio de la agitada vida ciudadana.

Marini, conocedor del discurso que asomaba a continuación, activó otra de sus estrategias de escape que lo ayudaban a mantener la cordura: radiografiar a la gente que recién conocía, jugando a adivinar sus perfiles psicológicos y sus historias de vida en función de la primera impresión que le generaban. En esos momentos se dedicaba a observar con disimulo la manera en que sus interlocutores se paraban, gesticulaban, se sentaban, caminaban, miraban y hablaban. Todo eso le brindaba información para tejer la trama que daba forma a la personalidad del observado. Y esa construcción le facilitaba fugarse brevemente de las interminables horas de indolencia y olor a combustible.

Y entonces el juego mental se inició. Los movimientos del hombre de bigotes, que decía lo suyo, y de su acompañante, que oteaba el horizonte, se ralentizaron hasta casi detenerse. La secuencia de imágenes le permitió analizar a los forasteros detenidamente: sus manos no mostraban asperezas ni callosidades ni heridas ni tonalidades oscuras, motivo por el cual imaginó que no eran trabajadores, por lo que tal vez serían empleados públicos, quizás estudiantes universitarios o incluso profesionales. Sus botas de cuero no estaban ajadas, solo exhibían mugre y semanas de no ser engrasadas, así que, supuso, se trataba de viajeros noveles. La ropa que usaban, aunque sucia, indicaba que deberían ser de clase media, quizás clase media alta. Sus palabras expresaban

cierto nivel de educación, por lo cual se fortalecía la hipótesis de que tuviesen estudios universitarios. La tonada del que conducía la moto era cordobesa, pero el otro no había dicho una sola palabra, por lo que aún no llegaba a identificar su origen geográfico. Sus modos cuidados delataban que provenían de un ambiente burgués, por lo que avanzó en su clasificación tentativa ubicándolos en un estrato apenas por debajo de la cúspide en la pirámide alimentaria de la sociedad citadina. Sin embargo, algo no estaba del todo bien, pensaba. Si esos jóvenes aparentemente lo tenían todo ¿Qué estaban haciendo allí, con él, a la peor hora del día más caluroso del año?

El hombre de finos bigotes, consciente de que el dueño de la estación de servicio no estaba prestando atención a su exposición sobre los beneficios de la calma pueblerina en la salud de las personas, decidió dar un giro a la charla reorientando la atención en la figura de su acompañante. En ese instante, el proceso analítico de la personalidad de los dos viajeros se rompió, la escena dejó de transcurrir en cámara lenta y los movimientos de los forasteros volvieron a desarrollarse con velocidad normal. Y señalando con la mirada a su compañero que continuaba de espaldas inmerso en sus misterios lejanos, le dijo al Nene a media voz:

—Mi amigo anda medio engripado, jefe. Usted ya sabe. Dolor de cabeza, fiebre, malestar, incomodidad. O sea, mal humor. En fin, el pibe no está con muchas ganas de hacer sociales.

—Ajá —respondió Marini sin énfasis, para dar pie a que su interlocutor llenara ese vacío con más detalles, quizás alguna pista vaga que le sirviera para componer un cuadro de situación de ese loco mirando al oeste.

—Nos está esperando un médico amigo en Choele Choel, ahí lo van a atender y veremos cómo seguimos. Aún tenemos un trayecto largo.

—Ajá. ¿Van hasta Bariloche?

—Vamos hasta Chile, después Perú y subimos todo lo que podamos por Latinoamérica.

—¿En la Norton?

—Claro. ¿No nos tiene fe?

—Sí, por supuesto.

—¿Pero?

—Van a tener que aligerar el equipaje.

—¿Por qué?

—Porque el camino es más largo para el que va cargado de más —afirmó el Nene mirando rápidamente hacia el hombre más joven, para quien la frase no pasó desapercibida y volvió a hacer ese movimiento imperceptible con su cabeza, para enseguida continuar inmutable en su tarea de pensar el lejano horizonte.

El conductor pagó y saludó a Marini agradeciendo la atención. Con un suspiro sentenció el fin de la conversación y le dijo a su compañero:

—Bueno, Fuser, seguimos viaje, te toca manejar a vos. Nos espera el Tordo Barrera en el Hospital de Choele. Tenés que ponerte bien, querido, tenemos mucho por delante.

Marini tomó el dinero y asintió con la cabeza. Metió la mano en su bolsillo y encontró su ajado paquete de Particulares. Sacó uno, con destreza lo colgó entre sus labios y encendió un fósforo Ranchera en la columna de cemento junto al surtidor, para llevarlo hasta el cigarro negro.

En ese instante, el joven, como si hubiese sido tocado por un rayo, se dio vuelta y con determinación comenzó a caminar directo

hacia él mirándolo fijamente a los ojos. El Nene, sorprendido, dio un paso atrás, con una mezcla de amedrentamiento y curiosidad, pensando que, finalmente, ese muchacho misterioso había bajado de su altar sagrado y estaba enfocando su atención en él. Se supo literalmente atravesado por esa mirada penetrante que, sin embargo, sostuvo sin siquiera pestañear. Tuvo la sensación de que en ese trance, el joven se estaba metiendo en su cabeza para leer todos sus pensamientos, ideas y preocupaciones. Se paró firme justo frente a él, separado apenas por unos centímetros. Marini aguantó con entereza la tensión de esa proximidad inesperada. El joven acercó el rostro a su oreja derecha y en voz baja pero con claridad le susurró al oído:

—Diecisiete kilómetros.

El Nene se estremeció por esas palabras que lo golpearon con el aire caliente de una respiración afiebrada. El joven hizo un giro y montó con agilidad la Norton. Se puso las gafas, se acomodó el casco, arrancó la moto y se despidió, como era de esperar, con una leve inclinación de su cabeza. El par pasó debajo del cartel de YPF que, en ese momento, por una extraña ausencia total de viento, había dejado de chirriar y estaba inmóvil, como esperando con respeto que los viajeros retomen rumbo hacia su destino.

Los vio alejarse por la ruta de ripio paralela a las vías del tren y, conmocionado por las palabras de ese hombre, mojó las yemas de sus dedos con saliva y apagó el cigarro negro que acababa de encender. Mientras miraba cómo la moto dejaba una estela de polvo, se le vino a la mente la imagen de otro fantasma, pero no uno de los habituales que saben vagar por la zona, sino de uno importante, que estaba atravesando la inconmensurable Patagonia.

Arriba de la Norton, el joven conductor chequeaba regularmente que ningún hongo de fuego se dibuje en el espejo retrovisor.

Cuando calculó que ya habían recorrido poco más de diecisiete kilómetros, se detuvo.

—¿Qué pasa, Fuser? —le gritó desde el asiento trasero su amigo Alberto Granado.

—Dejamos acá mismo el exceso de equipaje. Seguimos viaje solo con lo indispensable —respondió el joven mientras se deshacía de todas las cosas inútiles que arrojaba como lastre al costado de la ruta.

Su compañero guardó silencio mientras acariciaba sus bigotes. Sabía que su amigo siempre tenía sus motivos para hacer lo que hacía y que no tenía sentido indagar en ellos.

Ernesto Guevara Lynch subió a la, ahora aligerada, Poderosa y apretó el acelerador haciendo rugir el motor. Una lluvia de piedras salió despedida hacia atrás y la nube de polvo volvió a tomar forma. El sol brindaba el espectáculo de su caída majestuosa en el oeste del desierto, bañando con sus rayos de luz a un fantasma que en ese momento comenzaba a recorrer el continente.

El dolor de la sed

La semana recién comenzaba y don Manuel tenía turno de riego en su pequeña chacra de manzanos. La organización que administraba la red de canales y drenajes, a cargo de los propios agricultores, le aseguraba puntualmente la provisión del agua justa para poder dedicarse a la tarea de distribuirla en sus plantaciones, sin excederse ni desaprovecharla, «en beneficio propio y de su comunidad», como gustaban decir los dirigentes del consorcio local de regantes, junto a otra frase que escuchaba habitualmente en ese sitio: «Un buen productor lo es si riega bien».

Manuel siempre optaba por guardar silencio frente a esas afirmaciones que le sonaban casi a máximas y prefería conservar para sí la verdad sobre el misterio del agua, esa verdad que logró hacer suya de manera dolorosa y que muy pocos conocen, solamente quienes llegaron a situaciones extremas y vivieron para contarlo. Esas situaciones donde unos pocos sorbos constituyen la diferencia entre la razón y la locura o, más aún, entre la vida y la muerte.

Aquella tarde de lunes, como le venía ocurriendo muy seguido en los últimos meses, se sentía agotado. Los años acumulados y el duro oficio de productor habían empezado a torcer su salud. En más de medio siglo dedicado al cultivo de frutales había logrado superar temporadas difíciles en que las cosechas se perdían por distintos motivos: heladas tardías, tormentas de granizo, colapsos del mercado, golpes de Estado, inundaciones y, sobre todo, por las dificultades para apropiarse del beneficio económico de su producción. A la larga el tiempo pasa factura y su cuerpo, otrora endurecido por el trabajo en el campo, se había deteriorado y sus

entendederas ya no eran las de antes. La condición de colono en el sur de la Argentina, de pionero en ese oasis del desierto patagónico, era una empresa muchas veces ingrata, pero nunca se quejó de su suerte. Lamentarse de ese tipo de cosas, pensaba, sería un acto de ingratitud y él tenía sus motivos para estar agradecido, aunque jamás había compartido esos motivos con nadie.

Los movimientos lentos, la fatiga permanente, los olvidos recurrentes, el humor cambiante, la hinchazón de sus articulaciones y ese zumbido constante en sus oídos que lo confundía, lo mareaba y le impedía mantener la concentración en sus actividades cotidianas; todos esos síntomas, y muchos otros que prefería no considerar siquiera, le indicaban que su hora se estaba acercando. «Todas te hieren, la última te mata», le decía siempre su vecino, el Tano Di Paolo, cada vez que intentaba explicarle cómo se leen las horas en el reloj solar que había traído desde Italia y que había instalado en la entrada de su chacra.

Jadeante, pese al frugal almuerzo que le había preparado su esposa y a la reparadora siesta que había dormido como todos los días, se sentó en el borde de una acequia, apoyando el cansancio y el dolor de su espalda en el tronco de un álamo. Arremangó despacio sus pantalones hasta las rodillas para sumergir los pies en el murmullo de la corriente e inmediatamente lo invadió una sensación de placer y tranquilidad. Se dejó llevar por el convite de sentirse en equilibrio con el entorno y empezó a jugar con su mente intentando calcular el largo viaje que hacía cada año el agua que le mojaba los dedos para llegar hasta su pequeña chacra, regar sus frutales y nutrir sus buenos pensamientos, como estaba ocurriendo en ese mismo instante.

¿Cuántos kilómetros lo separaban hasta las cumbres nevadas de los Andes donde le aseguraron que se ubicaban las nacientes del

río Colorado? ¿Cientos? ¿Más de mil, quizás? ¿Y cuántos kilómetros restaban hasta su desembocadura en el mar? ¿Otros cientos? ¿Otros mil? Se dio cuenta de que nunca se lo había preguntado a sus hijos. Tal vez algún día le pediría al mayor de sus nietos que lo investigue en secreto en sus libros y que, en secreto, se lo dijera.

Decidido a ir más allá con sus disquisiciones sobre el origen y el destino del río, cerró los ojos y se transportó hasta las más altas montañas de la cordillera. Imaginó los hielos de las alturas derritiéndose con los primeros calores de la primavera. Intuyó un diminuto riacho moviéndose entre los cerros, que en su descenso iba recibiendo cascadas para hacerse cada vez más ancho y más caudaloso. Pudo verlo crecer y crecer y tomar verdadera forma de río y moverse majestuoso como una gigantesca serpiente del desierto atravesando de oeste a este la mítica Patagonia, para ir a su encuentro definitivo con el mar. Y en su propio cuerpo se sintió río fundiéndose en el Atlántico, desparramándose en él, perdiéndose poco a poco en su inmensidad. Y reflexionó que tal vez eso mismo sería morir. Sería como derramarse en paz en un océano de tiempo y de espacio, dejando atrás absolutamente todo.

La muerte, sin embargo, no lo preocupaba. Sabía que había vivido lo necesario, tanto como para no temerle a nada ni a nadie; a ningún hombre, y tampoco a ninguna mujer. Ni siquiera a esa dama con la que alguna vez, en una situación límite, supo conversar tan de cerca hasta querer perderse en ella como un río en el mar. Esa mujer tampoco era una excepción, pensó. Y fue entonces cuando un mal recuerdo lo asaltó y el anciano corazón comenzó a latir cada vez más fuerte, hasta acelerarse peligrosamente.

El recuerdo era incierto, sin coordenadas precisas, pero se había instalado en su cabeza y le resultaba demasiado inquietante como para dejarlo pasar sin intentar identificarlo y sin comprender de qué

se trataba. Empezó a buscar angustiado un punto lejano en su pasado, del otro lado del mundo, mucho antes de ser un inmigrante en América, antes de ser un *gallego* entre los argentinos. Recorrió los rincones más oscuros de su memoria, buceó en esos sitios que estaban ocultos, que alguna vez él mismo había escondido para preservarse, para no enloquecer, para poder seguir adelante pese a todo. Hasta que ese punto lejano de su historia emergió con claridad y lo estremeció con una fuerza tal que le hizo agitar sus pies en el agua.

Y entonces las palabras surgieron desde su interior, arrastradas por el ímpetu de ese recuerdo.

—La sed es dolor—se dijo, con voz quebrada.

Como si se tratase de una escalada inversa de sucesos encadenados, desde su verde paraíso en el valle del Colorado, el viejo Manuel se vio devuelto a aquellos años de principios del siglo XX en el norte de África cuando, siendo casi adolescente, lo habían reclutado en su España natal. La pobreza en la que estaba inmersa su familia le había impedido pagar las dos mil pesetas requeridas para ser eximido de servir en el ejército y, sin demasiadas explicaciones, lo habían embarcado a Marruecos para luchar por una causa que no comprendía. Y lo habían arrojado allí, en Annual, el campamento donde se concentraba el grueso de las fuerzas expedicionarias españolas.

Fue en ese lugar donde el joven Manuel supo que el infierno realmente existía y que estaba aquí, en la tierra. El infierno, aprendió, era el horror indescriptible que libera la guerra. Y, sobre todas las cosas, era el dolor que en los hombres desata el tormento de la sed.

Aquella España intentaba retomar su camino imperial ensayando la forma de reposicionarse en el norte africano y con ese objetivo había iniciado una incursión militar en el Rif que no estaba dando buenos frutos. Las cabilas, como se conocía a las tribus locales, asediaban el lugar desde hacía varios días, y las tropas del ejército

colonial, sitiadas, sin agua, sin comida y sin noticias de la llegada de refuerzos, comenzaron a desmoralizarse. Cuando las provisiones se terminaron, las ratas rápidamente se convirtieron en un manjar, hasta que finalmente también desaparecieron del menú y fueron reemplazadas por los insectos y las raíces del desierto.

El hambre, el sol, el frío, la suciedad, las miserias, las escaramuzas, las heridas, los rumores; todo contribuía a erosionar la moral, pero nada resultaba tan intolerable como la sed. Entre las tropas la falta de agua se convirtió en un tema recurrente, obsesivo. El dolor de la sed hizo que el temor al moro se magnificara y se transformara en terror. Hizo que la indisciplina se adueñara del campamento. Y, sobre todo, logró que lo peor de los seres humanos saliera a la superficie y se apoderara de ellos. Al principio se organizaban misiones furtivas para ir a buscar agua, eludiendo el cerco rifeño y arriesgando la vida para saciar la sed propia y la de los demás. Con la profundización de la crisis, esas misiones perdieron organicidad y se volvieron individuales, aleatorias, sin planificación, suicidas. Quienes eran capturados padecían torturas inimaginables, sus alaridos eran escuchados a la distancia por los españoles, para luego ser decapitados y sus cabezas exhibidas como trofeos.

El arribo de refuerzos para revertir la situación no se concretaba y se evaluaban planes de retirada hacia un enclave más protegido y con disponibilidad segura de agua. Finalmente se dio la orden de evacuación y el desplazamiento de tropas se inició. En un principio se hizo de manera ordenada y luego –ante el hostigamiento sistemático del enemigo, conocedor del terreno y habituado a la guerra de guerrillas– derivó en marchas y contramarchas, confusión y, finalmente, en un desbande generalizado. La retirada se había transformado en huida, el caos reinaba por doquier y los rifeños sencillamente se dedicaron a cazar soldados españoles.

Manuel, como muchos de sus compañeros, mostraba síntomas agudos de deshidratación. Había perdido el apetito, la fatiga se había apoderado de él, sus ojos parecían globos hundidos a punto de desaparecer en su propia cara y la visión se le había nublado. Ya no lograba mantenerse en pie y, sin poder escapar con el resto de sus camaradas, se sentó en la arena apoyando su espalda en una roca, aferrándose a su fusil con las últimas fuerzas que le quedaban. Para poner fin a la agonía, esperaba su redención a través de la bala en el pecho, de la daga en el cuello o del colapso definitivo de su cuerpo. Los moros probablemente lo consideraron un cadáver, pues se concentraron en matar y rematar soldados frente a él sin prestarle atención. El límite entre la realidad y la imaginación se le había hecho difuso. Su mente lo engañaba con situaciones que le resultaban incomprensibles, quizás con el objetivo de regalarle tiempo para recuperarse; quizás para acortar la agonía y enloquecer y morir en paz sin darse cuenta de lo que realmente sucedía. Y fue en ese trance que la Muerte lo visitó.

Se sorprendió al verla así, moviéndose con naturalidad en medio del horror de la batalla, sorteando cuerpos desfallecientes, insensible antes los quejidos de los moribundos, ignorando las divagaciones de los que habían perdido la cordura. Era tan simple y a la vez tan sofisticada. Era una dama de una belleza singular que Manuel se esforzaba por comprender. Caminaba con elegancia, descalza sobre la arena, segura y sin prisa. Y se dirigía hacia él.

Nunca había estado con una mujer; quizás por eso, cuando la vio acercarse, su pulso se alborotó. Jamás pensó que una hembra tan poderosa podía prestarle esa atención especial. Era claro que no lo iba a seducir, pero él ya había decidido entregarse a ella. Era claro que no venía a rescatarlo de ese infierno, pero él ya había decidido que fuese su tabla de salvación en el desierto. Y era claro

que la vida en esas circunstancias ya no tenía sentido, y que solo la muerte podía librarlo de la sed y de la locura.

La dama se sentó en el suelo junto a él, apoyando su espalda en la misma roca, sin mirarlo en ningún momento a los ojos. Hubo un silencio largo, deliberado, que lejos de intimidarlo o generarle temor, lo llenó de paz. Sintió su cuerpo desprenderse de tantos y tantos días de mugre y polvo y sangre y arena. Sintió la sed saciarse lentamente. Sintió cómo su vista se despejaba y su mente volvía a conectarse con su cuerpo. Sintió cómo el dolor lo abandonaba para dejar un vacío que debía llenar con algo que aún no identificaba.

—Señora, vino a llevarme con usted, supongo —se animó a comentar el joven.

La mujer se soltó el cabello negro y lacio y lo dejó caer sobre su hombro, y echó una mirada desapasionada pero atenta a la carnicería que se desarrollaba a su alrededor.

—Vine hasta ti porque querías conocerme —dijo ella al cabo de un tiempo, sin perder ningún detalle de lo que sucedía frente a ellos.

—¿He muerto ya?

—¿Tú qué crees?

—Creo que la sed me ha enloquecido o me ha matado.

La dama no respondió y continuó observando el transcurso de la matanza. Manuel la miró con curiosidad para explorar los rasgos que definían su perfil. Pudo ver las delicadas líneas de su rostro, la perfección de su nariz, el fino contorno de sus labios, el gris de sus ojos. Intuyó la tersura de esa piel y la suavidad de ese cabello. Y sintió una atracción tan irresistible que estiró su brazo y su dedo índice para tocarla, hasta casi hacer contacto, apenas a un centímetro de su destino.

—Quizás no debas hacer eso —dijo ella con voz suave, siempre sin mirarlo a los ojos.

Él retiró la mano súbitamente, como obedeciendo una orden que nunca existió, y se sintió confundido ante su propia reacción. Deseaba a esa mujer, no le importaba morir –si no había muerto ya– y, sin embargo, su comportamiento demostró lo contrario. La pulsión que lo llevó a querer tocarla, rozarla con la yema de su dedo tan solo un instante, se cortó imprevistamente. Intentó encontrar una explicación a lo que le había sucedido y, al no hallarla, miró a la dama en busca de alguna respuesta.

—Tánatos y Eros están luchando dentro tuyo —continuó la mujer—, eso es lo que no logras explicarte. La batalla que libran en ti es tan intensa como la que tenemos delante. Y ambos han elegido la sed como arma. Pero, por lo que acabas de hacer, es evidente que uno de ellos ha sido derrotado y el otro ha salido victorioso.

El joven Manuel, pese a no comprender esas palabras, allí, en medio del drama de una guerra y en el tormento interminable de la falta de agua, comprendió que prefería luchar para sobrevivir, prefería salir adelante a dejarse morir. Comprendió que el dolor de la sed lo iba a impulsar a elegir la vida sobre la muerte.

—Aún no es tu hora —continuó ella—, vas a salir de aquí y tu sed va a transformarse en tu voluntad para lograrlo.

La matanza estaba finalizando, los cadáveres se apilaban en el campo de batalla, y entonces le volvió a hablar con palabras que sonaron más bien a una cita que a una sentencia.

—Nos volveremos a encontrar en otro lugar y en otro momento, cuando el agua te colme.

La mujer se incorporó sin prisa y, con la delicadeza de un ángel, se encaminó decidida hacia los moribundos que, de a cientos, estaban esparcidos aquí y allá. Heridos, mutilados, lacerados, degollados, torturados. También se dirigió hacia quienes habían enloquecido y quienes, por cobardía, fingían estar muertos. A todos se les fue

acercando, se puso de pie junto a cada uno de ellos, los miró directo a los ojos y les habló palabras ininteligibles que solo los agonizantes supieron comprender. Con algunos entablaba cortos diálogos y con la mayoría hablaba solamente ella mientras ellos la escuchaban desde el suelo, atentos y expectantes. Finalizada la cosecha de almas, la vio irse con su belleza y su misterio a cuestas, seguramente hacia otras matanzas, hacia otras agonías, hacia otros sitios donde la vida y la muerte jugaban con el destino de los hombres.

Más de setenta años después, del otro lado del mundo, en una pequeña plantación de manzanos, un hombre viejo y cansado estaba sentado a orillas de una acequia de riego. Había apoyado su espalda en un rugoso álamo y reconfortaba sus pies descalzos en el agua. El murmullo musical de la corriente lo embriagaba y una sensación de placer dominaba su mente y su cuerpo. Sus buenos pensamientos atravesaban el tiempo y el espacio recogiendo aquí y allá los nombres y los lugares y los momentos que habían dado forma a su vida.

En el rostro, curtido por el sol y el viento de la Patagonia, se iban exteriorizando uno a uno sus mejores recuerdos. Se le dibujó una sonrisa de cuando conoció a su mujer en el barco atiborrado de inmigrantes rumbo a Sudamérica. Un parpadeo fue la señal de que habían nacido sus hijos. Una carcajada brotó con la llegada de sus nietos. Un suspiro indicaba la conclusión de que había vivido lo suficiente, tanto como para librar una guerra en el norte de África y otras mil batallas para llevar adelante su explotación de frutales. Había conocido el dolor de la sed y se le dio a conocer la verdad del agua para lograr sobrevivir. Había honrado la vida y ya había llegado la hora de honrar la muerte; su última hora, esa que reúne todas las heridas previas, esa que te mata.

—Señora, la estaba esperando —dijo don Manuel a la mujer elegante y refinada que estaba parada junto a él.

—Veo que, finalmente, el agua está colmando tu vida —señaló ella.

El viejo le hizo una reverencia, que la dama recogió con estilo. Tenía la misma gracia y seguridad que aquella vez en el Rif, cuando la conoció siendo aún adolescente, en medio de una matanza atroz y muriendo de sed. Ella se sentó a su lado en silencio, apoyó su espalda en el tronco rugoso del álamo y sumergió sus delicados pies descalzos en el agua. Don Manuel la miró y se dio cuenta de que nunca había podido descifrar el misterio de esa belleza singular, y pensó que tal vez ahora sí tendría la oportunidad de hacerlo. Seguía siendo más hermosa y seductora que ninguna mujer que hubiese conocido. Ella se desató el pelo y lo acomodó sobre su hombro. Él volvió a sentir aquella misma atracción irresistible por tocar esa piel, que durante toda su vida había imaginado tan tersa, y por acariciar al menos por un segundo ese cabello de un negro tan intenso que nunca había podido olvidar.

La dama, por primera vez, lo miró directamente a los ojos. El viejo extendió decidido su mano para tocarla y su dedo índice apenas la rozó. Don Manuel percibió cómo se fundía en el murmullo suave de la corriente de agua. Y también se sintió fluir plácidamente río abajo hasta encontrarse con el mar.

Un doctor Fausto en la Patagonia

El viejo mayordomo intentaba con poco éxito desentrañar los misterios de la cámara Gaumont que, apenas una semana atrás, había llegado desde Francia. A la vez que acomodaba con dificultad el aparatoso trípode, ensayaba posibles formas de regular el fuelle. Apurado por el frío matinal que le entumecía los dedos, decidió convencerse de que ese artefacto ya estaba en condiciones de hacer su trabajo. Acto seguido, le solicitó al hombre que posaba orgulloso sobre las rocas con todo el valle como telón de fondo:

—S'il vous plaît, monsieur, la tête légèrement ascenseur.[1]

Con la solemnidad propia del prócer que protagoniza un evento fundacional, el hombre irguió su cabeza y esbozó una sonrisa, señal de que estaba listo para ser retratado y legar así su imagen a la posteridad. Los dos enormes perros negros, los mismos que hacía años lo acompañaban a todos lados, no perdían un solo detalle de los gestos que hacía su amo.

—Parfait! Nous avons pris une belle photo qui sera admiré par les générations futures[2] —sentenció el mayordomo conociendo el efecto que tendrían sus palabras, cuidadosamente escogidas para la ocasión.

Un persistente viento sur soplaba desde hacía dos días anunciado que el clima de esa jornada iba a ser aún más duro que el de las anteriores, por lo que el hombre se había provisto de sus ropas

1 «Por favor, señor, levante ligeramente la cabeza».

2 «¡Perfecto! Tomamos una hermosa imagen que será admirada por las generaciones futuras».

más abrigadas. Haciendo gala de su buen gusto, lucía botas de montar, bufanda de fina lana y gorra de cuero que combinaban a la perfección con el resto de su vestimenta. Para él los detalles eran importantes, y planificar una represa hidroeléctrica en el confín del mundo requería no solo llevar la indumentaria adecuada, sino, además, portarla con elegancia.

Aquel año el río había tenido una bajante como hacía mucho tiempo no ocurría; al menos así aseguraban los lugareños, quienes atribuían el fenómeno a la escasa acumulación de nieve en las alturas de la cordillera. Y para ese individuo tenaz, esa situación de características excepcionales ofrecía una excelente oportunidad para explorar los afloramientos rocosos que encajonan el cauce y quiebran la monotonía del paisaje.

Allí parado en la cima del promontorio, observaba el horizonte disfrutando la brisa helada que le aguijoneaba el rostro, totalmente abstraído, navegando en las aguas agitadas de sus propios pensamientos. Los ojos azules recorrían cada punto del relieve, imaginando formas audaces de transformarlo para domar la naturaleza, introduciendo cambios que solo un espíritu visionario como el suyo podía vislumbrar en el territorio inhóspito de la Patagonia.

El espectáculo que se desplegaba frente a él era tan vasto que lo estremecía. Su mente febril volaba de un extremo a otro, deteniéndose en cada accidente, en cada roca, en cada saliente de la ribera, en cada detalle de la vegetación; y también en la dirección del viento, en la inclinación de los rayos solares y, en especial, en el abrumador sonido del silencio que allí imperaba.

Desde ese sitio privilegiado imaginaba el murallón que contendría las aguas rojizas, el embalse de miles de hectáreas sembrado de peces y pescadores, las turbinas vomitando chorros de espuma y la bruma empapándolo todo en kilómetros a la redonda. Adivinaba

las torres de energía transportando la electricidad y el canal madre encargado de mutar el desierto en un oasis. Podía ver la locomotora del ferrocarril humeando furiosa y llevando los frutos de la tierra hacia el puerto y hacia las grandes ciudades de ese joven y pujante país. Se entusiasmaba pensando en el arribo de contingentes de inmigrantes que conocían el arte del cultivo de frutales, viñas, cereales y hortalizas. Lo estimulaba el presentimiento de que esos trabajadores traerían en sus valijas las ideas revolucionarias del Viejo Continente. Y también creía que esas ideas, junto a su represa, iban a transformar para siempre la economía, la política y la sociedad del valle.

Tenía motivos para derrochar optimismo. Innumerables noches en vela diseñando y rediseñando planos, estimando costos y calculando necesidades de materiales y mano de obra, finalmente iban a traducirse en resultados concretos. Sus incansables gestiones habían logrado que el gobierno nacional apoyara la iniciativa atribuyéndole importancia estratégica y geopolítica. Empresarios, dirigentes, comerciantes y vecinos se entusiasmaban con la idea de un polo de desarrollo que posicionaría a la zona de manera privilegiada, transformándola en un enclave productivo, comercial, económico y financiero. En aquella cruda mañana de principios del siglo XX y en aquel apartado lugar junto al río, don Jorge Burnichón estaba tocando el progreso con la punta de sus dedos. Entreveía que de su mano la modernidad iba a llegar a ese sitio, uno de los rincones más desolados del planeta.

Lo precedía la impronta de poseer una vasta cultura, motivo por el cual corrían todo tipo de rumores sobre su persona. Se decía que era un científico que había arribado a esas tierras en busca de respuestas a los misterios del universo. Algunos, más pragmáticos, aseguraban que era un político revolucionario, exiliado y

perseguido por los gobiernos de una Europa ya demasiado vieja. Otros teorizaban que se trataba de un médico que experimentaba con las propiedades del agua del valle en busca de la cura contra el cáncer. Y como consecuencia de ese menjunje, algunas veces lo llamaban «ingeniero», otras «doctor», pero la mayoría de la gente le decía simplemente «*monsieur*», entendiendo que esa palabra tenía entidad suficiente para incluir todas las categorías posibles.

Quienes visitaban su *petit palace* quedaban atónitos al ver la enorme biblioteca de la que desbordaban libros en varios idiomas sobre temas tan disímiles como filosofía, teología, historia, química, agricultura y astronomía. Los lugareños no llegaban a dimensionar cómo alguien podía terminar de leer uno solo de esos ejemplares a lo largo de su vida, por lo que tal profusión de volúmenes en su casa simplemente contribuía a nutrir el aura que lo rodeaba, despertando las más extravagantes especulaciones sobre su figura.

Con el espectáculo del valle frente a él y con el viento golpeándole la cara, a esa hora de la mañana se sentía más vivo que nunca. Su iniciativa, su salud, su espíritu y su curiosidad no menguaban con los años. De hecho, parecían acrecentarse. No dejaba de verse como un doctor Fausto del siglo XX, ese ser enigmático y erudito que Goethe plasmó en su obra predilecta. Aquel Fausto que de alguna manera había moldeado su carácter, le había aportado los ingredientes que lo convirtieron en un trasgresor de las normas, un convencido de que hay algo más allá de lo evidente, algo que está por descubrirse y que motoriza la necesidad de descifrar los códigos de la naturaleza y del hombre para obtener respuestas.

Así, mientras observaba la inmensidad del paisaje, los paralelismos asaltaban su mente y comenzaban a perturbarlo. Se inquietaba al recordar que también el doctor Fausto había planificado una represa monumental que transformaría un páramo en

un vergel. Y si bien existían similitudes entre las empresas de uno y otro, había una coincidencia que lo desvelaba. Aquí también una pareja de ancianos que vivía cerca del río se negaba a abandonar su tierra para la construcción del dique, haciendo peligrar el proyecto. Y con ellos tampoco fueron exitosas las negociaciones, las ofertas y las promesas de una vida mejor y más cómoda en otra parte del valle.

Al recapacitar sobre esta casualidad, la mirada de don Jorge se ensombreció. Sus ojos azules se tornaron grises, algo habitual en él cada vez que su estado de ánimo sufría cambios bruscos. Sus cejas y labios se arquearon reconfigurando la expresión de su rostro, hasta ese momento distendido, súbitamente oscuro y torvo. Por su mente comenzaron a fluir pensamientos insondables. Los dos mastines franceses percibieron la agitación que se había apoderado de su amo y se perdieron entre la achaparrada vegetación, oliendo en el aire trazas de una atmósfera enrarecida. El mayordomo, conocedor de los cambios de humor de su jefe, cargó la Gaumont y el trípode sobre sus hombros y con discreción se retiró a prudente distancia, a la espera de que pase la tormenta de emociones que allí se estaba desatando.

—Il est toujours préférable d'être loin quand une tempête commence[3] —se dijo a sí mismo en voz muy baja.

Don Jorge, de pie sobre las rocas, recordaba que el doctor Fausto supo delegar la solución del problema a su socio Mefistófeles, quien simplemente había enviado una partida para deshacerse de los abuelos incendiando su cabaña. Mientras su mente fluía entre las páginas de Goethe, miraba en dirección a la propiedad de los viejos imaginando la columna de humo que en el horizonte

3 «Siempre es mejor estar lejos cuando comienza una tormenta».

patagónico ascendía pesadamente. Consideraba que allí, entre las llamas, no solo se convertirían en cenizas esos ancianos y su vivienda; en ese fuego se quemarían también los últimos atisbos del atraso, de la resistencia a un mundo nuevo y mejor. En ese pequeño infierno imaginario se consumían simbólicamente los obstáculos al progreso y al arribo de la era moderna.

Le resultaba claro que había que resolver la cuestión sin dilatarla más. Y esa eventual solución no debería comprometer su buen nombre, ni siquiera salpicarlo. Buscaba con empeño en los rincones de su memoria a su propio Mefistófeles, ese socio necesario y oscuro que lo ayudara a superar la situación sin tener que enterarse de las formas, para mantener a salvo su conciencia. Sabía que un Mefistófeles lo aguardaba en algún sitio y que, de alguna manera que no lograba visualizar, estaba vinculado a su proyecto, aunque nunca lo hubiera conocido personalmente. En ese punto de su disquisición, dio un giro a sus pensamientos y decidió la conveniencia de dejar que el destino haga su mejor jugada. Concluyó que, si la represa efectivamente iba a construirse, si ese valle estaba llamado a convertirse en un faro que ilumine el desarrollo de toda la región, si ese embalse iba a ser un imán que atrajera gentes de todo el mundo dispuestas a trabajar, las cosas iban a ocurrir naturalmente, sin forzarlas.

Del otro lado del océano, mientras don Jorge se distendía entregando su proyecto a la marea del destino, las oficinas centrales de un edificio estilo victoriano de la 24 Boundary Street de la ciudad de Londres eran escenario de una reunión decisiva entre los más altos ejecutivos de la Buenos Aires Great Southern Railway, firma de la que era subsidiaria la mítica Ferrocarril del Sud.

Con aire grave y solemne tono británico, el gerente general, Sir Edward Banfield, tomó la palabra para cerrar el encuentro que, como era habitual, había sido breve, pragmático y resolutivo.

—Mr. M, please tell us your final suggestion about Huelche Project in Argentina's Patagonia[4] —dijo Sir Edward.

El Sr. M se puso de pie mirando a los ojos a los presentes, quienes, pese a su condición de hombres curtidos en mil batallas por la expansión del capitalismo a lo largo y ancho del globo, apenas podían sostenerle la mirada.

M era un ser tan extraño como carismático, seguro de sí mismo, seductor en su discurso, diplomático en sus negociaciones y, sobre todo, asertivo a la hora de dejar en claro su opinión profesional. Atendiendo a su conocimiento agudo del norte patagónico, la empresa le había solicitado que estudie la conveniencia de direccionar recursos financieros hacia la construcción de la represa sobre el río Colorado o, en su defecto, enfocar los esfuerzos en el desarrollo integral del Alto Valle del río Negro.

El Sr. M fue preciso y no dejó lugar a dudas acerca del beneficio de que el Ferrocarril del Sud orientara sus inversiones priorizando, entre otras cosas, lograr mayores fletes por distancia, sellando así el devenir de ambos valles.

—Gentlemen, definitely the río Negro is our best option. I recommend concentrate our best efforts there.[5]

En ese mismo momento, a más de once mil kilómetros de distancia, en la orilla quebrada del río, azotada por un incesante viento

4 «Sr. M, por favor díganos su sugerencia final sobre el Proyecto Huelche en la Patagonia Argentina».

5 «Caballeros, definitivamente el río Negro es nuestra mejor opción. Recomiendo concentrar nuestros mayores esfuerzos allí».

sur, el mayordomo acercó las riendas del malacara a don Jorge, diciéndole en perfecto francés:

—Monsieur, il est temps de rentrer à la maison, une tempête est à venir.[6]

Don Jorge, cansado de lidiar con sus propios demonios, pero aliviado por dejar caer allí mismo una pesada carga, montó su caballo con destreza y dio un último vistazo al sitio donde la imaginaria columna de humo ascendía lentamente, buscando señales que le indicaran si la suerte de ese valle ya estaba echada o si era realmente cierto que un hombre podía forjar su propio destino. Sin más, dio media vuelta y emprendió el regreso a su *petit palace*. El mayordomo lo seguía en silencio pocos metros atrás acarreando en su caballo la enorme cámara fotográfica. Entre los matorrales, los dos enormes perros negros continuaban olfateando el aire intentando descifrar lo que allí estaba ocurriendo, señales lejanas que quizás en ese trance solo ellos podían llegar a comprender.

6 «Señor, es hora de irse a casa, viene una tormenta».

Bombardeo al paraíso

Aquel año, en el valle del Colorado, las flores de los perales y manzanos comenzaban a abrirse animadas por los primeros calores de septiembre, cubriendo las chacras con un manto blanco de pétalos. El agua del río volvía a fluir por la red de canales y acequias, renovando la vida de todas las cosas que encontraba a su paso. Luego de un invierno largo, la primavera estaba de regreso, poderosa, arrolladora. La Madre Tierra había vuelto a la carga con su repertorio de olores, colores y sonidos. Y los chacareros, conocedores del lenguaje de la naturaleza, sabían leer esas señales y esperaban una cosecha como hacía tiempo no se daba.

Desde la cocina de su casa, el Alemán, como conocían al técnico de la Delegación de Agricultura, miraba el cielo con inquietud mientras apuraba los últimos amargos antes de partir hacia la zona rural para hacer su recorrida de rutina. Como hombre de pocas y afiladas palabras, su figura estaba rodeada de un aura de autoridad, combinación que le granjeaba el respeto de los locales. Escrutaba la ausencia de nubes y observaba las copas de los álamos que apenas se mecían por una brisa. Eso lo preocupaba. Las heladas tardías podían llevarse la producción como ya había ocurrido varias veces; y si eran intensas, la economía del lugar se volvería a resentir fuertemente.

Aunque había otros motivos que lo intranquilizaban aún más. Las noticias de la radio hablaban de movimientos de tropas. Él sabía que los amagues de golpe de Estado iban tomando forma, explorando escenarios, ensayando estrategias, buscando el momento justo y el sitio adecuado para desatar la revolución. Por eso su vista se dirigía impaciente hacia el este. Desde allí podían llegar

los aviones de Bahía Blanca para frenar las fuerzas leales al gobierno que venían en tren desde el oeste. Y sospechaba que el pequeño valle del Colorado era el punto de colisión donde dos países en uno iban a enfrentarse, un enclave lejano en el que la historia argentina podía tomar rumbos inciertos. El Alemán intuía que algo iba a ocurrir muy pronto.

La ciudad era aún joven, después de todo, no habían pasado tantas generaciones desde que Roca terminó su campaña y algunos aún recordaban el trágico aluvión que había arrasado el valle obligando a trasladar el casco urbano a un área más elevada; sin embargo, su gente vislumbraba con entusiasmo un futuro habitable. La represa recién construida en Salto Andersen había transformado el desierto en un oasis. El trabajo de los colonos fue pintando el árido paisaje con frutales, alfalfares y viñedos, y la cercanía al puerto invitaba a venderle al mundo los buenos frutos del lugar. Los más optimistas llamaban a la ciudad «el portal del sur», en referencia a su ubicación estratégica como punto de acceso a la Patagonia. En el otro extremo, «el último pueblo de la provincia» era el apodo con el que unos pocos aludían al perfil vagamente bonaerense de la localidad. Y todo esto había comenzado a instalar una idea de progreso tangible basado en el trabajo de la tierra.

En esos años de mediados del siglo XX nadie creía seriamente que allí alguna vez podía ocurrir algo grave, con excepción del Alemán, quien no lograba ahuyentar de su mente los fantasmas de la reciente contienda en Europa ni los horrores que había generado entre los hombres. En aquella oportunidad, sus familiares, sus paisanos, su otra patria, habían sido devastados. Y ahora podía oír el rumor de guerra que acechaba a ese rincón del sur argentino.

Cuando transmitía a los vecinos su preocupación sobre los acontecimientos políticos y sobre el riesgo que corrían todos,

recibía como respuesta miradas incrédulas y comentarios que cerraban toda posibilidad de desvelo. «Esas cosas pasan solo en Buenos Aires», le había asegurado el cerrajero sin levantar la vista de su moderno aparato de hacer llaves. «Acá nunca ocurre nada, no vamos a tener ahora una revolución», le dijo el intendente mientras lo convidaba con una caja de rubios que le había regalado un diputado amigo. «Esta vez el tirano va a caer», le auguró secamente un viejo militante radical. «Yo fui granadero, y un granadero no va a permitir que esos tipos entren en La Rosada», amenazó agitando el puño en alto un joven fruticultor, orgulloso de su reciente paso por el servicio militar.

La jornada transcurrió sin ningún sobresalto, pero con noticias contradictorias y reportes de dudosa veracidad; hasta que por la noche arribó el tren de Neuquén con todo un regimiento a cuestas. La estación de ferrocarril, que siempre había sido un remanso de paz, orden y limpieza programados, se llenó de cientos de soldados que acampaban a orillas de las vías y que iban y venían despreocupados por el curso de los acontecimientos, a la espera de la directiva oficial de cruzar el río y avanzar hacia Bahía Blanca. Entre ellos nadie pensaba en la posibilidad cierta de un enfrentamiento armado. Imaginaban un gran repertorio de demostraciones de fuerza, de intimidaciones mutuas, de negociaciones algo tensas, de avances y retrocesos, y un final feliz en el que todos volvían ganadores a sus casas.

Sin embargo, con el arribo del ejército alguien corrió la voz de que ahora sí la cosa se iba a poner fea; y entonces el éxodo empezó. La gente cayó en la cuenta de que el solo hecho de vivir en un supuesto campo de batalla los hacía blanco de un enemigo incierto. Espontáneamente muchos empezaron a partir hacia la zona rural, hacia La Colonia, donde contaban con la hospitalidad de los agricultores hasta que la impensada crisis finalizara y todo regresara a

la normalidad. Largas colas de familias a pie, en carros, en bicicletas, en autos y camiones, comenzaron la migración interna dentro de su propio pago chico. Otros, sin embargo, prefirieron permanecer en sus casas, creyendo imposible que estalle una pequeña guerra en el pequeño paraíso terrenal.

Al día siguiente, por la mañana temprano, llegó un avión desde el este. Al principio realizó sobrevuelos de reconocimiento, rasantes, intimidatorios, causando excitación, curiosidad y asombro generalizado. Pero, de repente, su vientre negro liberó la carga letal que transportaba ante el desconcierto de los pobladores. El puente ferroviario y la estación de trenes eran los objetivos centrales para impedir el avance de las tropas leales al gobierno, y sobre ellos empezaron a caer las bombas. Ninguna acertó en el puente de hierro sobre el Colorado. Sin embargo, la estación de trenes, las viviendas y los comercios aledaños no tuvieron la misma suerte. Allí se produjo el caos. Allí había llegado la guerra.

Corridas, calzados perdidos, gritos, pánico, explosiones, incendios, chapas retorcidas, mamposterías derrumbadas, vidrieras pulverizadas. La sangre derramada aquí y allá era la prueba definitiva de que lo imposible se había transformado en realidad. Y en esa atmósfera saturada de polvo y confusión, la Muerte rondaba furtiva buscando su primera víctima.

El Alemán, al escuchar el estruendo de las bombas, saltó sobre el Jeep, transporte oficial que utilizaba para su trabajo. Ese día no habría recorrida por las chacras; ahora poco importaba la posibilidad de heladas en esa época crítica para los frutales. En medio de aquel ensayo del infierno, encaró a través de la calle principal que corría, larga y ancha, paralela a las vías del ferrocarril, habitualmente inmaculada pero ahora sembrada de escombros y restos dejados por la gente en su precipitada huida. Para él era imposible no

comparar esa imagen dantesca con la destrucción que hacía poco tiempo había arrasado Europa. Un sentimiento de impotencia mezclado con ira lo invadió.

No sabía adónde iba con su vehículo, pero sabía que algo debía hacer. Esta vez las bombas no caían al otro lado del mar; caían allí, en su propio pueblo. Condujo en medio del caos hasta que el objeto de su incierta misión apareció con nitidez. Un joven soldado, casi adolescente, desgarbado, vagaba aullando de dolor en la ancha avenida sembrada de restos informes. Una esquirla había golpeado su cabeza y lo había dejado ciego. Caminaba sin rumbo, sucio de tierra y sangre, perdido en la confusión de esa clara mañana que de repente se había transformado en la más oscura noche. Clamaba por su madre. Maldecía al piloto de ese bombardero. Llamaba a su sargento. Invocaba a Dios. Y, pese a la conmoción, disparaba al cielo su Mauser apuntando a un avión que no podía ver. Mientras, a su encuentro iba el Alemán.

Dicen que el destino de un hombre se decide en un solo momento, en un acto único que le permite verse a sí mismo y saber para siempre quién es. Y ese momento le fue revelado al Alemán aquella mañana en el desigual entrevero de un soldado caído y un avión solitario.

Paró el Jeep junto al conscripto, se bajó, le habló, lo abrazó, lo tranquilizó, le quitó la mugre del rostro con las manos. De una rápida mirada comprendió que el sargento estaría cerca, pero no estaba allí; que su madre estaría muy lejos; que Dios, seguramente, lo estaba aún más y que la herida de la cabeza se veía muy mal.

El joven, ciego y en su charco de sangre, seguía gritando insultos al piloto de la aeronave y la negra silueta del Catalina comenzó a divisarse nuevamente. Luego de bombardear la estación, había realizado un amplio giro y ahora volvía para dar su último golpe

antes de retornar a su sitio de origen. El piloto, que ya había visto el Jeep, asumió que se trataba de un transporte del Ejército y enfiló con determinación hacia él. Ya no tenía más bombas que arrojar, por lo que ordenó al artillero apuntar al enemigo y disparar la ametralladora pesada apenas estuviera a su alcance.

El artillero se preparó, pero no le pasó desapercibido que esta vez el blanco no eran puentes o vías férreas; ahora eran personas de carne y hueso que se veían cada vez más indefensas. Un recelo comenzó a aguijonearlo hasta convertirse en duda y luego la duda se transformó en dilema. La ansiedad en la cabina crecía a cada segundo. Sin embargo, la Browning ya tenía su mira ajustada y comenzó a vomitar munición marcando un reguero de esquirlas sobre el asfalto que, como una serpiente frenética, buscaba su objetivo.

Mientras tanto, en la avenida principal, el rugido de los motores y el traqueteo de la ametralladora se escuchaban cada vez más cerca. El soldado ciego tomó su fusil ya sin balas y apuntó al cielo gatillando en el vacío con desesperación. El Alemán le bajó el arma con suavidad y le pidió que se mantuviera sentado y en calma. Ya no había tiempo ni lugar adonde huir, solo quedaba un último acto desesperado: enfrentar de pie, firme, la embestida del Catalina. Y con resolución se interpuso entonces en la mortal trayectoria de la munición que despedía la aeronave. Apoyó los brazos en sus caderas como para aguantar lo que viniera. Y lo que se venía era un bombardero de la Marina escupiendo una lluvia de metal.

Era un acto puramente simbólico. Y los símbolos pueden vencer a la Muerte. Un hombre solo que hace frente a los disparos para proteger con su cuerpo al milico ciego, a sabiendas de que la ráfaga iba, literalmente, a partirlo en dos a él, al soldado y también al Jeep. Ese era el momento fundamental de su vida. Ese era el momento definitivo en el que su destino se le hacía evidente. Ese era el exorcismo

de todos los fantasmas de la guerra en la Vieja Europa que, noche a noche, lo acosaban desde el otro extremo del mundo.

Dentro del avión el artillero contemplaba la escena que se desarrollaba vertiginosamente, escena de la que él mismo era parte. En solo una fracción de segundo tomó conciencia de la situación y de lo que estaba haciendo. Con su enorme arma iba a rematar a un soldado quizás moribundo, pero además iba a asesinar a un civil. Y ese civil, con sus manos en la cintura, sin dudas era un hombre valiente. Fue en ese espacio de tiempo cuando pudo ver con lucidez que no estaba en la Marina para eso. Y entonces tomó su propia decisión y dejó de jalar el gatillo.

El reguero de metralla se cortó en seco y se detuvo apenas a un metro del Alemán. Las últimas esquirlas repiquetearon junto a sus pies, golpearon el chasis del Jeep y silbaron junto a su cabeza. Con un estruendo ensordecedor el Catalina pasó raudo sobre él y el soldado, mostrándoles su enorme y atemorizante vientre.

Dentro de la cabina del avión, ya en viaje de regreso a la base naval, el piloto, furioso, gritaba al artillero prometiéndole una corte marcial mientras lo acusaba de traición a la Patria y deserción. El artillero, encendiendo con calma un Particulares, le contestaba indiferente que asumía las consecuencias por desobedecer una orden directa. A él también, en ese momento y en ese lugar, le fue revelado su propio destino y pudo verse a sí mismo como un hombre digno respetando las vidas de un soldado caído y de un hombre valiente.

En la calle, el polvo comenzaba a asentarse y un silencio perturbador dominaba el ambiente. La Muerte abandonaba el lugar aferrada a la oscura panza del Catalina, sin siquiera mirar hacia atrás.

El Alemán clavó su vista en el avión que se alejaba, comprendiendo perfectamente lo que había ocurrido. Se tomó un largo respiro y le dijo al milico:

—Levantate, pibe, te voy a llevar al hospital porque van a venir otros de estos a tirarnos más confites.

Y mientras lo ayudaba a incorporarse, agregó:

—Y no sé si el día aguanta más héroes.

El bombardeo al pequeño paraíso en la tierra se había iniciado aquel día.

Y ese día trágico, dos hombres y un país se encontraron con su propio destino.

Índice

7. Watsiltsum

13. La larga cabalgata de Rosendo Becaria

25. El amor y la muerte van en bicicleta

31. El Pájaro Klein viene volando

37. La hora del fantasma

47. El dolor de la sed

57. Un doctor Fausto en la Patagonia

65. Bombardeo al paraíso

—

75. ¿Quién teje?

81. Los modos alternos de la identidad patagónica: las palabras del escritor

¿Quién teje?

Walter Nievas

Mi nombre completo es Walter Ernesto Nievas. Nací en la ciudad de Merlo, provincia de Buenos Aires, lugar donde pasé mi infancia y adolescencia y donde cursé estudios primarios y secundarios.

Luego de graduarme en la universidad como ingeniero agrónomo pasé algunos años en la zona de Mar del Plata y, posteriormente, me trasladé a Río Negro donde viví sucesivamente en Río Colorado, Choele Choel y General Roca, ciudad en la que resido actualmente. Desde mi profesión desarrollé diferentes actividades laborales en todos esos sitios y realicé estudios de posgrado en Alemania y en Perú como becario del Ministerio de Agricultura del gobierno alemán.

El deseo o intención de escribir supongo que responde, entre otros factores, al placer que me genera la lectura. ¿Dónde y cuándo nació eso? Creo que se trata simplemente de un caso de adquisición de un hábito en la infancia y en el seno familiar.

Pero yo, que no cuento con experiencia en estas lides ni en estos ámbitos relacionados con la redacción y publicación de textos literarios, vislumbro a través de la escritura la posibilidad de crear. Y crear a partir de una idea, de una intención, propuesta o tema, por naturaleza siempre resulta estimulante.

Fuerza y misterio en la narrativa breve

Esta es una recopilación de cuentos que escribí a partir hechos que en algunos casos son reales y en otros son solo supuestos, pero que me impactaron por su fuerza, su contenido, su misterio o sus diferentes aristas.

Las narraciones que aquí se presentan están ficcionalizadas y pobladas de anacronismos, fechas cambiadas, nombres de fantasía y contextos que no son siempre verdaderos, pero que tienen como denominador común a la propia historia del lugar.

En este caso elegí abordar la obra literaria a través del género de narrativa breve suponiendo, quizás equivocadamente, que al lector (y seguramente al autor) le podría resultar más asequible. Entendí que dicho género es simplemente una forma válida y, si se quiere, simple y directa para contar lo que a alguien posiblemente alguna vez le ocurrió, o que quizás le podría haber ocurrido de diferentes formas.

Dado que no soy escritor, ni siquiera escritor aficionado, en algún momento intenté plasmar en una serie de textos algunas impresiones de los años que viví en el valle del río Colorado. Esos textos en formato de cuentos de ficción los envié al concurso de Editorial UNRN y, por algún raro motivo, fueron favorecidos con un premio, lo que constituye mi primera y única incursión formal en la literatura, si se quiere, como «escritor».

Previamente a esto, todo lo que escribí, que no es mucho –más bien es poco–, se acota a notas técnicas o de opinión en cuestiones relacionadas con mi profesión y la actividad productiva regional, publicadas en medios especializados.

El deseo o intención de escribir estos textos supongo que responde, entre otros factores, al placer que me genera la lectura. ¿Dónde y cuándo nació eso? Creo que se trata simplemente de uno más de esos casos de *nature-nurture* (innato o adquirido), y al respecto se me ocurren dos causas que podrían explicarlo.

Una de ellas fue sin dudas la biblioteca de mi casa, la cual de chico despertaba mi curiosidad e imaginación. Era más ecléctica que voluminosa, y allí asomaba una variedad de libros de política, historia, economía, novelas clásicas, *best sellers*, biografías y textos en distintos idiomas, entre otras cosas. Aún recuerdo una charla tensa entre mis padres sobre el riesgo que implicaba la presencia de algunos ejemplares impropios para aquellos días oscuros de la dictadura. Esa conversación cargada de preocupación no hizo más que estimular mi interés en los libros. «¿Qué será lo que los hace tan peligrosos y a la vez tan fascinantes?», me preguntaba. «Algo subversivo habrá allí seguramente, habrá que ver», pensaba a continuación.

La otra causa quizás fueron los cómics, en aquella época *historietas*, denominación en su momento no tan valorada como hoy en términos de género. Por una imprenta de familiares aquellas revistas sin cargo llegaban a mi casa con profusión, y con ellas viajé en el tiempo y en el espacio al encuentro de historias de gentes y guerras y amores y odios y países lejanos y lugares exóticos. Esas historias gráficas en mi infancia fueron puerta de entrada a la posterior incursión al mundo de los libros, al disfrute del leer, al hábito de la lectura. Y de allí quizás a la posibilidad o a la intención de escribir/intentar escribir en el futuro.

En estos días escuché en un programa radial a alguien que dio una excelente definición acerca del arte y, si se quiere, de la literatura como una de las expresiones del arte. Esa definición aseguraba que el arte necesariamente conlleva un estado de conflicto entre el

artista y el universo. Dicho de otra manera, a un artista en armonía con el universo quizás le sería más dificultoso hacer lo suyo adecuadamente, por lo que necesariamente debería estar atravesado por ese conflicto inmanente, para decodificarlo y traducirlo con su toque y a su manera en una expresión artística.

Como cierre y en el caso de *Al sur del río sin tiempo*, creo que en el cuento «La hora del fantasma» hay una influencia de «Hombre» (1992), tema icónico del poeta Silvio Rodríguez sobre la figura mítica del Che; y también del film *Diarios de Motocicleta* (2005) que narra su viaje iniciático por Latinoamérica. Por su parte, en «Un doctor Fausto en la Patagonia» se pueden encontrar rastros del ensayo clásico sobre la modernidad *Todo lo sólido se desvanece en el aire* (Marshall Berman, 1982). El resto de los relatos simplemente surgieron de mi imaginación, tal vez atravesada por aquello de *nature-nurture*, y son consecuencia de haber tenido la suerte de compartir durante varios años una experiencia de vida con los hombres y las historias del valle del Colorado.

Los modos alternos de la identidad patagónica: las palabras del escritor

Rodrigo Guzmán Conejeros

En 1965, Ernesto Sábato se refirió a la tarea del escritor en tanto creador de artefactos verbales que pueden servir al lector para interpretar lo real: «en el público argentino se ha despertado un interés casi ansioso por develar lo que podríamos llamar el secreto de nuestra identidad. Se espera, y no siempre con razón, que sean los escritores quienes desenmascaren ese secreto».[1] Sábato revela en esta declaración la importancia de la literatura como creadora de fábulas de identidad que puedan servir a los lectores y a la cultura como un medio de renovar los modos de entender el mundo y evitar de ese modo la cristalización de visiones sobre los objetos, personajes históricos o territorios. Cierto es que las declaraciones de Sábato se entienden en vinculación con una cultura y época (los sesenta) en donde la visión sobre el mundo era un campo de disputa política; pero también lo es en los tiempos que corren, posmodernos o de posverdad: el escritor ejerce política produciendo versiones de lo real, más allá de una lucha política contingente, aunque haciéndose cargo del compromiso social que implica postular versiones alternas en diálogo o disputa con las prevalecientes en la cultura, hegemónicas, tradicionales o conservadoras.

1 Prieto, Adolfo (1983). Los años sesenta. *Revista Iberoamericana*, *XLIX*(125).

Ejemplo de ello es al menos una parte de la literatura patagónica, en obras que interpretan y reinterpretan lo propio construyendo versiones que destacan el paisaje y su historia como una de sus marcas identitarias, sin caer por ello en el costumbrismo o en la reproducción de visiones convencionalizadas sobre el territorio. Tal es el caso de *Al sur del río sin tiempo* que usted, lector, tiene en sus manos, que va tejiendo y urdiendo relaciones y estableciendo vínculos –insospechados e insólitos– entre sucesos o personajes «pequeños» (aunque este calificativo resulte engañoso), que son protagonistas de sus cuentos, y grandes hitos o personajes históricos de la Patagonia y de la Argentina: Namuncurá, Julio Argentino Roca, Ernesto *Che* Guevara o el bombardeo a Río Colorado en 1955 en el marco de la Revolución libertadora, entre otros. Se trata de historias que aparentemente son pequeñas, pero que esconden en su seno la conexión con la gran historia, aunque mostrando verdades que la historia oficial omite, sin apelar por ello a la denuncia sino mostrando otro pasado posible y virtual que se construye con una visión de la realidad que concilia lo natural y lo sobrenatural; o que, sin cuestionar el orden natural, ilumina de manera inesperada un suceso histórico. De esta manera, logra establecer conexiones secretas e inéditas, develando una historia posible donde se cuestionan o transmutan supuestas verdades de la Patagonia.

Al respecto, el derrotero de este libro se inicia en el mundo que la Conquista del Desierto está a punto de destruir y tiene como protagonista al hombre sagrado, el machi, y la tarea espiritual que le ha encargado Namuncurá, el jefe principal mapuche, frente a los rumores de conquista que circulaban: que utilizara sus poderes para averiguar el destino de su pueblo y su mundo. El machi, en el árbol del Gualicho («Watsiltsum») se conecta con «el eje cósmico que conecta al mundo con el más allá», buscando a Roca,

esforzándose para tratar de encontrar su huidiza figura, para descubrir azorado que el general es astuto no solo en este mundo sino también en el otro, y esa condición logra sustraerlo de su contacto en el mundo espiritual. Cuando por fin lo encuentra ve en sus ojos el destino sangriento que reclama a su gente –su *che*– y a su territorio –su *mapu*– el camino de la civilización.

Ese camino de la civilización produce el espacio patagónico al que se refieren los restantes cuentos del volumen, en los que el autor transita por historias de las épocas de la colonización y formación de la colonia y ciudad de Río Colorado hasta mediados del siglo XX; dando cuenta de la vida de frontera a principios del siglo XX («La larga cabalgata de Rosendo Becaria»); de los colonizadores que produjeron vida gracias al agua de los sistemas de riego, propios de la Patagonia desde su incorporación al Estado nacional argentino («El Pájaro Klein viene volando», «El dolor de la sed»); de los científicos e ingenieros que trabajaron en sistemas de aprovechamiento de recursos naturales, en especial, el agua («La larga cabalgata de Rosendo Becaria», «Un doctor Fausto en la Patagonia»); y, finalmente, de lo que ocurre en pequeños pueblos de la Patagonia donde parece que no pasa nada, pero pasa... y lo que sucede es extraordinario («El amor y la muerte van en bicicleta», «La hora del fantasma», «Bombardeo al paraíso»).

En todos los cuentos del volumen se observa la pretensión de postular versiones alternas tanto de la historia como del modo de codificar lo real, ya que algunos de sus espacios ficcionales están habitados por entidades sobrenaturales de todo tipo (espíritus primordiales, fantasmas, dioses olímpicos, torbellinos de energía e incluso la Muerte) y con personajes que son capaces de percibir o al menos atisbar un orden oculto, que da cuenta de la existencia de un orden de lo real que supera los postulados racionalistas o

cientificistas. En otros cuentos donde no se cuestiona el orden natural, sin embargo también se señalan conexiones inesperadas y órdenes de percepción distintivos que terminan resignificando los sucesos históricos referidos, develando datos ocultos o la conexión inesperada entre personajes que explican sucesos históricos.

De esta manera, en el libro se exploran modos alternos de configurar la historia de la Patagonia que muestran la diversidad de las percepciones acerca de lo real en debate con el proyecto moderno,[2] que incorporó la región al territorio nacional en el imperativo de cambiar su sentido: de desierto a tierra del progreso, lo cual justificó la matanza, persecución y el robo de su territorio al pueblo mapuche-tehuelche, fundamentalmente a partir de la década de 1870.[3] Sin embargo, el libro muestra que esa concepción moderna

2 La modernidad es un período histórico que se originó en Europa occidental en el Renacimiento (siglo XV) y se expandió globalmente hasta nuestros días, aunque ha entrado en crisis en sus fundamentos desde comienzos del siglo XX en el fenómeno cultural denominado *posmodernidad*. Su expresión histórica más distintiva fue el Iluminismo o Ilustración, un movimiento cultural nacido también Europa en el siglo XVII (llamado por ello «Siglo de las Luces» o «Siglo de la Razón») que se caracterizó por la preeminencia de la razón y de las ciencias naturales. La modernidad implica una racionalización de la naturaleza y de la sociedad en búsqueda del progreso. En este sentido, la relación humanidad-naturaleza está marcada por el uso instrumental de la naturaleza para asegurar el progreso y el sistema capitalista, mediante la utilización de tecnologías desarrolladas por la ciencia.

3 Es cuando el país implementó un proceso de «modernización» de gran amplitud, que implicó la transformación de las estructuras sociales y culturales mediante la educación pública, la inmigración europea, el tendido de redes ferroviarias y de telégrafo, la incorporación del desierto a las actividades productivas y la introducción de técnicas y tecnologías novedosas en el sector agropecuario. Tales transformaciones, que en la primera mitad del

no ha dejado de entrar en contradicción con la visión del mundo de los habitantes originarios y de los inmigrantes que poblaron y colonizaron estas tierras, en las que se postula la existencia de un orden de lo real donde lo sobrenatural coexiste con lo natural de manera armónica, en formas literarias que transitan en distintos cuentos entre el género maravilloso y el neofantástico, mostrando que el orden de lo real esconde en verdad un cúmulo de versiones del mundo que resultan irreductibles a los dictámenes del racionalismo y el cientificismo. Por otro lado, los cuentos que no implican el cuestionamiento del orden natural muestran, sin embargo, el cuestionamiento al proyecto moderno al develar o permitir atisbar los horrores del capitalismo y de la lucha política, y aún mostrando su carácter contradictorio: con personajes que son avanzadas del progreso (ingenieros y técnicos, incluso el mismo Roca) pero que, sin embargo, revelan sus aspectos siniestros pues se conectan con poderes fácticos que justifican el camino de la civilización mediante el genocidio de los pueblos originarios o el amedrentamiento de colonos. Asimismo, en algunos cuentos los civilizados se revelan en conexión con seres de dudosa materialidad, como fantasmas o demonios, o revelan poderes sobrenaturales que no deberían existir, de acuerdo con la cosmovisión cientificista y materialista.

En definitiva, *Al sur del río sin tiempo* expresa el posicionamiento del escritor en tanto productor de fábulas de identidad que se

siglo XIX se habían visto obstaculizadas por el clima de lucha interna que caracterizó la historia nacional, cambiaron la faz del país pues este se incorporó al sistema económico mundial como proveedor de recursos primarios (Argentina como granero del mundo), en un modelo capitalista dependiente del área de influencia británica que le reportó grandes beneficios económicos a la oligarquía que gobernaba en esos momentos y permitió la modernización cultural y del estilo de vida.

constituyen en modos de comprender lo real, que no niegan la modernidad y sus efectos (la creación de oasis artificiales producto del riego, por ejemplo, que tanto han transformado el paisaje patagónico a lo largo de sus ríos principales), pero sí sostiene la existencia de un mundo (o de un modo de concebir al mundo) que va más allá de las limitaciones propias de la racionalidad, el sistema de pensamiento propio de la modernidad; mostrando así que el proyecto moderno no pudo eliminar las concepciones sobre lo real que sostienen la coexistencia armónica de lo natural y lo sobrenatural, como era su propósito.

Por otro lado, la modernidad se sostiene sobre un tiempo siempre futuro, que implica una intención destructiva de lo real en el presente, negando también el pasado; lo que explica la intención de los modernizadores que quisieron sumar el territorio al proyecto modernizador eliminando primero el mundo de los mapuche-tehuelches, para luego transformar la naturaleza a fuerza de cálculos racionales que modificarían de manera irreversible el carácter originario del territorio para transformarlo en una «tierra del progreso», poblada de colonizadores de origen europeo. En ambos gestos, la modernidad niega lo real y lo reemplaza por realidades que ella misma construye y que son, de hecho, versiones limitadas o empobrecidas de lo existente pero que, por imposición de los sistemas de poder, se han asumido por generaciones como imágenes auténticas y verídicas sobre el territorio. Ello explica la constitución de discursos y normas que aún hoy en día cifran el futuro de la Patagonia sobre la base de la destrucción de la naturaleza y de la negación de las versiones alternas o resistentes a las hegemónicas, tal como se expresa en «Un doctor Fausto en la Patagonia»: «en ese fuego se quemaban también los últimos atisbos del atraso, de la resistencia a un mundo nuevo y mejor.

En ese pequeño infierno imaginario se consumían simbólicamente los obstáculos al progreso y al arribo de la era moderna».

Frente a ello, el autor se ubica en una posición posmoderna porque asume un posicionamiento crítico respecto de versiones entendidas como verdades incuestionables sobre la Patagonia desde su incorporación al Estado nacional a partir de 1879, y ello se manifiesta en el poder de la imaginación que le permite postular «ucronías», es decir versiones alternas de la historia, ampliando de ese modo la capacidad de decir sobre el mundo que Roland Barthes concibe como la «fuerza semiótica» propia de la literatura porque permite el «actuar de los signos»[4] para dar cuenta de la heteronimia de las cosas.[5] De esta manera, Walter Nievas asume el rol de escritor en tanto «proveedor espiritual de su público», en palabras de Ángel Rama,[6] porque asume el riesgo de conmover sentidos cristalizados o congelados acerca del territorio y, por ello, es posible leer su obra como un espacio de discusión acerca de la identidad patagónica.

Acerca de Rodrigo Guzmán Conejeros

Profesor en Letras y especialista en Literatura Hispanoamericana del Siglo XX. Profesor adjunto de Literatura Argentina en la Universidad Nacional del Comahue (UNCO) y del Seminario de Periodismo Cultural en la Universidad Nacional de Río Negro (UNRN). Como investigador, indaga sobre la literatura fantástica argentina y los relatos de viajeros a la Patagonia.

4 Barthes, Roland (1996). *El placer del texto*. México: Siglo XXI.

5 Perilli, Carmen (1999). *Colonialismo y Escrituras en América Latina. Lecciones de literatura latinoamericana*. Tucumán: Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional de Tucumán.

6 Rama, Ángel (1983). *Literatura y clase social*. México: Folios.

EDITORIAL UNRN

RÍO NEGRO UNIVERSIDAD NACIONAL

Dirección editorial: Ignacio Artola
Coordinación de edición: Natalia Barrio
Edición y corrección de textos: Jaime Bermúdez Vásquez
y Diego Martín Salinas
Corrección de pruebas: Silvana Pérez León
Diagramación y diseño: Sergio Campozano
Imagen de Tapa: Editorial UNRN, 2018

LUA

© Universidad Nacional de Río Negro, 2018
editorial.unrn.edu.ar
© Walter Nievas, 2018
© Rodrigo Guzmán Conejeros, 2018

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723

Nievas, Walter
Al sur del río sin tiempo / Walter Nievas
Primera edición - Viedma : Universidad Nacional de Río Negro, 2018
90 p. ; 19 x 13 cm (La Tejedora)

ISBN 978-987-3667-91-6

1. Narrativa. 2. Narrativa Argentina Contemporánea. I. Título.
CDD A863

Licencia Creative Commons
Usted es libre de: compartir-copiar, distribuir, ejecutar
y comunicar públicamente esta obra, bajo las condiciones de:
Atribución – No comercial – Sin obra derivada

la tejedora

Esta colección quiere acercar el trabajo de autores rionegrinos
e incentivar la lectura con un decidido anclaje
en el territorio y el paisaje patagónico.

Serie Narrativa
Todo lo que debemos decidir, de Mónica de Torres Curth
El banquete de los monstruos, de Fabiola Soria
Al sur del río sin tiempo, de Walter Nievas

Serie Poesía
El silencio es un punto de partida, de Damián Lagos Fernandoy
La ruta de ícaro, de Carina Nosenzo
Puelches, de Silvia Castro

Entrá y conocé más de la colección

Al sur del río sin tiempo
fue compuesto con la familia tipográfica Oswald y Alegreya
en sus diferentes variables.
Se editó en octubre de 2018,
en la Dirección de Publicaciones-Editorial de la UNRN.
Impreso en La imprenta Ya S.A.Buenos Aires, Argentina

la tejedora
Narrativa

Ella limpiaba la cocina cuando sintió el penetrante dolor que atravesaba el aire y la hería como un acero filoso. Se le erizó la piel y se dejó caer en una silla, sabiendo lo que estaba por ocurrir. No pudo evitar llamarlo en voz muy baja, pese a la certeza de que ya era demasiado tarde.
Y en ese instante, un estampido hizo vibrar los ventanales de la casa de ladrillos sin pintar.

Los cuentos de Walter Nievas quiebran la historia oficial de la Patagonia para, sin negar sus consecuencias, abrir el juego a nuevas percepciones de lo real, percepciones que quizá estuvieron allí desde siempre y permanecen para mostrarnos que somos algo más que los relatos consagrados. Lugareños y gringos, generales y paisanos, pueblos originarios y jóvenes contemporáneos establecen conexiones secretas e inéditas con un orden oculto o sobrenatural. Y esas conexiones alumbran insospechadas versiones alternativas sobre los discursos que construyeron el territorio patagónico.

LUA
EDITORIAL UNRN
RÍO NEGRO UNIVERSIDAD NACIONAL
9 789874 196002 3